

No es difícil darse cuenta, por lo demás, de que vivimos en tiempos de gestación y de transición hacia una nueva época. El espíritu ha roto con el mundo anterior de su ser allí y de su representación y se dispone a hundir eso en el pasado, entregándose a la tarea de su propia transformación. El espíritu, ciertamente, no permanece nunca quieto, sino que se halla siempre en movimiento incesantemente progresivo.
—Hegel

. . . así como en el niño, tras un largo periodo de silenciosa nutrición, el primer aliento rompe bruscamente la gradualidad del proceso puramente acumulativo en un salto cualitativo, y el niño nace, así también el espíritu que se forma va madurando lenta y silenciosamente hacia la nueva figura, va desprendiéndose de una partícula tras otra de la estructura de su mundo anterior y los estremecimiento! de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados; la frivolidad y el tedio que se apoderan de lo existente y el vago presentimiento de lo desconocido son los signos premonitorios de que algo otro se avecina. Estos paulatinos desprendimientos, que no alteran la fisonomía del todo, se ven bruscamente interrumpidos por la aurora que de pronto ilumina como un rayo la imagen del mundo nuevo.
—Hegel

José Arthur Giannotti

La astucia del trabajo

1. EL ESQUEMA TÉCNICO SEGÚN LOS ANTIGUOS

El ejemplo del artesano que esculpe la estatua no es solamente un recurso metodológico para la explicación de las cuatro causas aristotélicas. Su presencia es más viva y más fuerte que la simple rememoración de un modo de trabajo actualmente marginado, pues su esquema continúa vigente como trampolín para el pensamiento de las relaciones entre materia y forma. Para Aristóteles, configura un paradigma a partir del cual se pueden comprender las mismas producciones naturales, demostrando la naturaleza entera habilidades de gran artesano. Es muy cierto, como señala P. Le Blond, que otros esquemas se cruzan con ese paradigma de la industria, pero sigue siendo característica la expansión del modelo artesanal a fin de que contenga todos los modos de creación y de movimiento natural. Herederos del pensamiento griego, muchas veces seguimos labrando nuestro terreno a la sombra de ruinas que consideramos intocables. Si hoy la noción de causa tiende a desaparecer de los textos científicos más sofisticados, sustituida por la idea de relación funcional, no por eso el doble materia-forma que es su

correlato tiembla en sus cimientos. Las ciencias sociales son víctimas privilegiadas de esta esquizofrenia. Fuerzas, movimientos sociales, por un lado, estructura, del otro, ejemplifican conceptos usados indistintamente. Pocas veces se busca el equivalente de la idea de masa, del principio de inercia o de las leyes de la herencia, para que adquiera sentido la trasposición de los esquemas físicos o biológicos a los dominios del espíritu. ¿No convendría, pues, remontarnos a los orígenes?

Tomemos como punto de partida el interludio del libro Z de la Metafísica de Aristóteles, los capítulos 7 al 9, donde el filósofo examina las diferentes formas de producción: natural, artificial y casual. El esquema de trabajo sirve de primer hilo conductor. ¿A qué o a quién se puede hacer responsable de la producción de la estatua? Una materia, el cobre, recibe la forma que un artesano lleva previamente en el alma, esto de acuerdo con el fin ya estipulado de consagrar la escultura a una divinidad. Cada uno de esos momentos aislados constituye lo que los filósofos latinos llamaron causa. Sucede sin embargo que en los textos de Aristóteles cada causa no aparece como factor separado, especie de variable situada en el mismo nivel de las otras. A ese problema del lugar e independencia de cada causa se suma la cuestión de su unidad: ¿qué las une en un mismo todo? Ellas encaminan la manifestación de una cosa exterior, manifestación que los griegos llamaban poíesis. Heidegger ("La pregunta por la técnica", en Espacios, n. 3, Puebla, 1984) recuerda el texto del Banquete (205 b): "cada ocasión [Veranlassung (áitia)] para que algo —sea lo que fuera— pase y avance de la no-presencia hacia la presencia es producción (poíesis)". Si la causa no es más que ocasión para la presentificación de la cosa, todas ellas quedan subordinadas a esta extracción a partir de la ausencia. ¿Qué es lo que caracteriza a la producción humana? La de P. Le Blond nos parece la versión más completa:

Los pasos esenciales de Aristóteles, en el estudio de la producción artificial, consisten en distinguir dos etapas, la etapa mental de la nóesis y la etapa de realización exterior, la poíesis. La etapa mental ordena todo el resto: el médico que intenta curar a un doliente debe, en efecto, tener presente en el espíritu la idea de la salud que pretende restablecer, debe pormenorizar sus condiciones precisas, por ejemplo, "el equilibrio", y remontar a las condiciones requeridas para ese equilibrio, "el calor". De ahí procura pasar a los pasos inmediatamente realizables, las fricciones capaces de producir calor y, gracias a eso, asegurar el equilibrio y mantener la salud (Metafísica, Z, 7, 1032 b, 6 ss.). El "silogismo" interior del médico va desde la forma, desde la esencia (Metafísica, Z, 9, 1034 b, 30) a las "partes" materiales inmediatamente realizables, debiendo preceder la primera a toda ejecución. El proceso de la realización, el silogismo de ejecución, es lo inverso de ese proceso mental: el médico comienza por las fricciones para llegar, en última instancia, a la salud, pues "lo que es último en el análisis es lo primero en la creación" (Ética Nicómaco, in 5, 1122 a, 23, trad. de Le Blond, 1939, 334).

Ahora bien, esa forma previa al acto de producir no consiste únicamente en la configuración exterior del objeto a ser producido, en su idea, en el sentido etimológico de algo visto, sino también en una función constituidora invisible: "La medicina y el arte de construir sin una forma (eidos) ni de salud ni de casa" (Metafísica, Z. 1032 b, 21). A pesar del valor vital y estructurante de la forma, Aristóteles aún siente la necesidad de una causa motriz. Por cierto que el artesano no funciona como pequeño motor que desencadena el proceso, o como actividad concreta y orientada, pues en el fondo de la producción y del movimiento está el arte del mismo y no el propio artesano (Metafísica, Z, 7, 1032 b, 21). Pero la forma es inerte si no encuentra el ejercicio de un agente:

Aunque es el médico quien da la salud, el sabio quien da la ciencia, todavía la salud en sí y la ciencia en sí existen tanto como los participantes —y el mismo principio se aplica a todas las otras cosas producidas por el arte (De Generatione et corruptione, H, g, 335 b, 20 ss.).

A pesar de no poseer la especificidad que le atribuye la tradición escolástica, la causa motriz configura una potencia, un inacabamiento actuante, situado más del lado del deseo y de lo deseable, de la búlesis, motor del propio espíritu (De Anima, ni, 10, 433 a, 22), que del lado transparente de las formas. En el ámbito de la producción artificial, esta causa representa así un modo de carencia, de necesidad instintiva de presenciar el acto individual de fabricación, asistiendo al momento nuclear de la síntesis de la materia y de la forma. Lo que para Marx garantiza la renovación y continuidad del trabajo, la transformación del acto individual en un proceso, aparece para Aristóteles como momento de conformación de la propia cosa. Y como las otras causas también desdoblán un lado de deseo —la causa formal y la final manifiestan la función paradigmática privilegiada por el platonismo, y la materia desea la forma como la hembra desea al macho— todo queda permeado por la motricidad.

Celoso receptáculo de la forma, sustrato que perdura del pasado al presente y del presente al futuro, en una indiferencia que desprecia cualquier auxilio, la materia, en el caso de la producción natural, posee aún una determinación propia. No es tomada por una carencia informe, múltiple posibilidad de llegar a ser cualquier cosa, sino como subordinada a la legislación de su género. La simiente que llega a ser árbol, el embrión que llega a ser animal traen en sí mismos los límites de su expansión. Ahora bien, precisamente esa privación determinada deja de existir en el caso de la técnica. Aunque una cosa procede tanto de la privación como de su sujeto material, en común decir que la cosa proviene únicamente de su privación; lo sano proviene de lo doliente, aparte del hombre, el cual funciona únicamente como matriz permanente para sustentar el movimiento. Sin embargo, cuando la privación es incierta y no tiene nombre, la cosa no surge de la privación indefinida sino de la propia materia. Es el caso del cobre al cual se imprime la forma esférica, de las piedras y de las vigas a que se impone la forma de casa. Esto nos lleva a decir "esfera de cobre" acentuando la materia de donde ella proviene (Metafísica, Z, 8, 1033 a, 8 ss.). La actuación del artífice es decisiva y la causa motriz diseña su perfil más nítido. El cobre tiene dentro de sí la fuerza que lo lleva a presentarse en las formas comúnmente encontradas en la naturaleza; en la cualidad de materia prima surge informado por el ciclo natural. Pero además de eso posee la capacidad de amoldarse a las formas que el hombre le impone. Esa capacidad, esa potencia indefinida de llegar a ser esto o aquello se inscribe en el mismo cobre, y con eso se abre la cesura en la cual el artesano penetra para insinuar la forma artificial. De ese modo, la indeterminación de la carencia de la cosa es compensada por los efectos de la carencia humana.

Surge un problema. ¿ En qué condiciones perdura la forma artificial? Si el producto es un alimento, el consumo lo anula y la cuestión pasa desapercibida. Transformado el cobre en esfera, desde luego el nuevo objeto pasa a sufrir la acción de las fuerzas corrosivas que lo traen de nuevo a la forma natural. Por eso, la producción comporta dos movimientos distintos actuando concomitantemente, de un lado, la impresión de la forma en una materia cuya carencia de ella es indeterminada; del otro, la violencia separando la materia de la forma natural, violencia que debe ser sustentada por otro acto de trabajo. Es lo que los economistas del siglo XVIII descubrieron con el nombre de consumo productivo: el trabajo que toma la esfera de cobre como punto de partida

mantiene el trabajo anterior. Sin la reiteración del proceso, la esfericidad del cobre se pierde, la bola se oxida y el objeto producido existe sólo en el tiempo del consumo individual. El hombre se alimenta de trigo y lo aniquila, la naturaleza salvaje absorbe la esfera como la superficie del lago absorbe las ondas provocadas por el hundimiento de una piedra —en ambos casos el nuevo objeto no escapa del reino específicamente natural, sea él físico o biológico, no sobrando nada para indicar la peculiaridad de la producción humana. ¿No estaría Aristóteles confinado a la óptica del consumo individual, dentro de los límites de una sociedad que se alimenta del trabajo esclavo? Sabemos hoy, por otra parte, que toda la cuestión de la técnica reside en la conservación del instrumento en cuanto producto, que además de conservado se amplía de tal modo que pasa a amenazarnos. Descuidar ese aspecto, engaño en que insiste la fenomenología y todos aquellos que piensan esas cuestiones exclusivamente desde el punto de vista del objeto técnico, sólo es comprensible si asumimos la perspectiva del consumidor. En la causa motriz Heidegger ya encuentra una cierta flexibilidad :

El orfebre reflexiona (*überlegt sich*) y reúne los tres modos de ser responsable (des *Verschuldens*). Reflexionar (*Überlegen*) se llama en griego *légein*, logos. Se basa en la *apophainesthai*, en el sacar a la luz. El orfebre es corresponsable como aquel a partir del cual el presentar y el reposar-ensí-mismo del vaso portaofrenda encuentran y conservan (*behalten*) su primera emergencia. Los tres modos mencionados de ser responsable deben a la reflexión del orfebre el aparecer y entrar en juego en la producción del vaso, así como el modo en que lo hacen (Heidegger, "La pregunta por la técnica").

Esa reflexión de la motricidad, que reúne las tres causas en una unidad indisoluble en cuanto un dejar salir a la superficie, Heidegger la interpreta como *Veranlassung*: El ser responsable tiene el rasgo fundamental del promover una llegada (*dieses Ardassens in die Ankunft*). En el sentido de promover un caso, el ser responsable es ocasionar (*Ver-anlasseri*) (Heidegger, "La pregunta por la técnica").

Pero en lo que respecta a la técnica, ocasionar se resuelve en esta cosa-ahí, como si el acto de producción terminase cuando el producto hace su primera aparición. Desde Aristóteles a Heidegger tenemos siempre el proceso de trabajo, la (producción en el sentido más simple, resumiéndose en un conjunto de actos aislados de fabricación, en que el problema del mantenimiento de la existencia del artefacto ni siquiera es planteado. No es extraño, pues, que la especificidad de la producción humana esté ligada a la *poiesis* y al *lógos*, que la reflexión nazca de la exterioridad de un sujeto.

Fue para perseguir esta vinculación entre trabajo, logos y reflexión que recurrimos a la interpretación heideggeriana de Aristóteles. No nos interesa por ahora la crítica de comentaristas patentados, sino sólo que en este diálogo de los dos filósofos el papel reflexionante de la motricidad encuentra su mayor relieve. La causa eficiente parece desempeñar en relación a otras causas un poco el papel de la imaginación en la filosofía trascendental clásica: propicia la unión de la multiplicidad sin anclarse en un punto lijo e inmutable. Basta pensar el trabajo como un proceso sistemáticamente reiterado, para que los términos del problema *M* transformen por completo. ¿Cuál será el lugar de la reflexión? ¿Qué significa que el objeto exista gracias al nuevo trabajo que lo repone? ¿Qué se entiende entonces por materia y forma?

2. EL PROCESO DE TRABAJO

Comencemos por acudir a Marx. El análisis más completo del proceso de trabajo aparece sintomáticamente en el capítulo V del primer tomo de *El Capital*; sintomáticamente porque la localización sirve para indicar que el trabajo considerado "sin fijarnos en la forma social concreta" (Marx, *El Capital*, I, MEW, 23, 192) es una abstracción; sólo se efectúa al ser inscrito en un modo de producción determinado. En las condiciones capitalistas, por ejemplo, sólo se ejerce después de transformado en fuerza de trabajo, en mercancía que el comprador pone a funcionar junto a los medios de producción de su propiedad, a fin de obtener valores de cambio. Todas las otras formas de trabajo individual caen fuera del sistema. En otros modos de producción, que tienden a crear valores de uso y a reproducir los individuos, puede, con todo, adquirir desde luego una dimensión social. A pesar de consistir en una relación abstracta y simple, incapaz de fundamentar por sí solo relaciones más complejas, el proceso de trabajo, el relacionamiento directo del hombre con la naturaleza, no prescinde de un análisis que le revele los momentos esenciales, precisamente aquellos que deberán ser repuestos en totalidades más amplias. Pero este análisis no forma, de ningún modo, un preámbulo teórico al que se encadenarían todos los otros análisis más complejos, como teorema que se vincula a un conjunto de axiomas gracias a ciertas reglas de inferencia. En la expresión más simple, el trabajo se presenta como intercambio de energías (Stoffwechsel), metabolismo que se opera entre el hombre y la naturaleza, proceso de asimilación y expulsión de sustancias que se hace a costa de acumular y gastar fuerzas naturales. Con todo, no es en este nivel que el trabajo interesa a Marx, preocupado como está en determinarlo en su forma específicamente humana. ¿Qué significa afirmar que el trabajo humano se distingue del animal precisamente porque depende de una construcción previa, "en la cabeza del individuo", del objeto a ser realizado? Sería ingenuo atribuir un carácter exclusivamente psicológico a esa interpretación de la cosa. No importa la imagen previa, sino la anteposición (vorstellen) del objeto situado idealmente, para que la alteración efectuada por el proceso mecánico de intercambio entre el organismo y el medio quede desde luego subordinado a la realización de un fin: Al final del proceso de trabajo brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya en la mente del obrero; es decir, un resultado que tenía ya existencia ideal. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que, al mismo tiempo realiza en ella su fin, fin que él sabe que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad (Marx, *El Capital*, I, MEW, 23, 193).

Esa subordinación de la voluntad muestra las limitaciones de una interpretación psicológica. El producto surge como explicitación de un fin, de una condición que se da idealmente y se efectúa adecuando el resultado al presupuesto inicial, en un movimiento en el que el trabajador y su voluntad, de un lado, y las cosas, del otro, pierden autonomía para transformarse en momentos de un proceso más amplio. El volumen de las dificultades es grande. ¿Qué entiende Marx por esa idea? ¿En qué medida se realiza esa condición ideal? Si el producto surge de la subordinación de un sistema mecánico a un fin determinado, ¿qué naturaleza ontológica posee, desde luego marcada por la exteriorización de una interioridad y viceversa?

Tres son los momentos esenciales del proceso del trabajo: la actividad orientada o el mismo trabajo, su objeto y su medio (Marx, *El Capital*, I, MEW, 23, 193). El primer objeto es la tierra, que sólo sufre una actividad discriminadora primordial, la de elegir, de entre las diversas cosas, aquellas a ser transformadas:

Todas aquellas cosas que el trabajo no hace más que desprender de su contacto directo con la tierra, son objetos de trabajo que la naturaleza brinda al hombre (Marx, El Capital, I, MEW, 23, 193).

El inicio se resume pues en la extracción de la cosa de su contexto mecánico, en su colocación como punto de partida de un nuevo ciclo. El pez ha de ser retirado del agua, la leña ha de ser cortada en el bosque. Esos objetos que la naturaleza nos brinda ya prontos forman un peculio semejante a aquel que se entrega a un joven que inicia la vida adulta. Desde el punto de vista del proceso productivo ya configura, sin embargo, un medio de producción (Grundrisse, 392), único en el cual el trabajo se arraiga. Por más que parezca paradójico, aclara Marx, el pez aún no capturado surge como medio de producción, aún no se ha encontrado un medio de capturarlo en aguas en donde no exista (Marx, El Capital, I, MEW, 23, 196, nota 6). El pez a ser capturado no es sólo un organismo natural que recorta en el paisaje su propia identidad, o forma que el observador discrimina y reconoce. En cuanto objeto de trabajo y primera condición de él, incorpora las propiedades necesarias para la realización de ese mismo trabajo. Existe en un elemento determinado, en aguas rasas o profundas, con hábitos propios, alimentación peculiar. Cada una de esas determinaciones obliga al pescador a actuar adecuadamente, a permanecer en la orilla o a alejarse de ella, a descubrir los escondrijos en las piedras o a preparar los cebos apropiados. La cosa pronta, separada por un proceso natural en que el hombre no interviene, ¿no adquiere luego nuevas dimensiones al penetrar en el ciclo del trabajo?

La cristalización de la cosa en objeto humanizado se vuelve aún más patente en el instrumento. Éste canaliza la actividad orientada y gracias a él puede el trabajador utilizar "las cualidades mecánicas, físicas y químicas de las cosas para utilizarlas, conforme al fin perseguido, como instrumento de actuación sobre otras cosas" (Marx, El Capital, I, MEW, 23, 194). Como si no bastasen las expresiones hegelianas, Marx cita un pasaje de la Enciclopedia:

La razón es tan astuta como poderosa. La astucia consiste en esa actividad mediadora que, haciendo que los objetos actúen unos sobre los otros y se desgasten mutuamente como cumple a su carácter, sin mezclarse directamente en este proceso, no hace más que conseguir su propio fin. (Marx, El Capital, I, MEW, 13, 194).

En el texto de Marx el trabajo ocupa el lugar de la razón coincidiendo con la tradición hegeliana de la Realphilosophie (Lukács, El joven Hegel). El trabajo es poderoso en la medida de su astucia. La introducción del término medio entre la actividad del sujeto y la resistencia y los engaños del objeto permite ampliar de manera insospechada la potencia del trabajador, que pasa a tomar parte en la naturaleza a su disposición. Al transformar un pedrusco bruto de sílex en un instrumento de percusión, éste lo toma en el sentido longitudinal, de forma de aprovechar al máximo su resistencia; cualquier otra dirección lo mutilaría o disminuiría su efecto (C.P. Leroi Gourhan El gesto y la palabra). Al convertir una rama de árbol en una palanca, lo transforma en brazo indeformable en torno al cual hace girar un sistema de fuerzas. En este sentido la piedra y la palanca son objetos aislados de la naturaleza para que una determinación natural pueda ser aprovechada en virtud de este aislamiento. Pero ocurre entonces en la cosa un verdadero proceso de abstracción. Para percutir, no importa la piedra como un todo, sino sólo su resistencia y las condiciones de su manipulación; para levantar, la barra no se da como rama de árbol de una especie determinada, sino únicamente como brazo indeformable que puede introducirse en los intersticios de las cosas y, siempre que encuentre un apoyo adecuado, hace mover el complejo de fuerzas en el sentido previsto. El

instrumento es así apropiado por el trabajador que transforma la cosa encontrada en la naturaleza en una prolongación de su propio cuerpo. Esa cosa es al mismo tiempo más y menos que la mano. Más, en la medida en que le amplía el poder, incorporando la fuerza de la naturaleza bruta al propio organismo. La piedra es más dura que la mano, la palanca más resistente y más eficaz que el brazo. Menos, en cuanto que reduce la habilidad de nuestros miembros, su múltiple funcionalidad a un único desempeño. La piedra sólo sirve para golpear, la palanca sólo para levantar. Por otra parte, su contrapartida, su residuo se hace evidente enseguida: las deformaciones naturales y la forma bruta de la piedra y de la rama; todas aquellas partes que no concuerdan con su nuevo estatuto y que es conveniente eliminar. Y gracias a esa separación de la cosa en dos partes, una funcional y otra que representa un verdadero contrapeso, se transforma en instrumento; sólo así puede existir como medio de potencias, sobre otras. Pero la parte funcional existe sobre todo en el contexto de su funcionalidad. La piedra, como poder de percutir, la palanca, como poder de levantar, ambos viniendo a ser en el área de la acción posible. Otro ejemplo hará aún más evidente la transformación del estatuto ontológico de la cosa. Supongamos un grano de trigo que el trabajador reserva para el sembrado. El uso inmediato como alimento fue suspendido y el grano existe de modo exclusivo como simiente, tendiente a ser planta y espiga y, de esa manera, como potencia de reproducción y multiplicación. En esta calidad de medio de producción, existe como ciclo natural del cual el hombre se apropia para, dejando correr el curso biológico, inscribirlo en su propio fin. De ahí que el instrumento represente el punto de encuentro de la finalidad del trabajo y del determinismo de la naturaleza, el lugar de su determinación recíproca. Por un lado, califica el fin del trabajo en un fin determinado: percutir, levantar, hacer crecer el grano; del otro, circunscribe en el desencadenamiento ciego de los fenómenos naturales la parte que puede ser aprovechada para los objetivos del proceso de trabajo como un todo. Y a esta altura el trabajo no tiende más que a reproducir al individuo como animal.

El término del proceso es el producto, en el cual la materia prima se presenta como ligada al trabajo, y el instrumento de trabajo, de mera posibilidad, deviene realidad al convertirse en verdadero mediador del trabajo, con lo cual, empero, por su relación mecánica o química con el material del trabajo, es consumido él mismo incluso en su forma estática. Los tres momentos del proceso, el material, el instrumento y el trabajo, convergen en un resultado neutro: el producto. En el producto se reproducen simultáneamente los momentos del proceso de producción consumidos en su transcurso. El proceso entero se presenta, por consiguiente, como consumo productivo, es decir, como consumo que no termina ni en la nada, ni en la mera subjetivación del objetivo, sino que él mismo es puesto, finalmente, como objeto. El consumo no es mero consumo de lo sustancial, sino consumo del consumo mismo; en la eliminación de lo sustancial, [es] eliminación de esta eliminación y por tanto puesta de lo sustancial. La actividad formativa consume el objeto y se consume a sí misma, pero consume solamente la forma dada del objeto para ponerlo en una forma objetiva, y se consume a sí misma únicamente en su forma subjetiva como actividad. Consume lo objetivo del objeto —la indiferencia respecto a la forma— y lo subjetivo de la actividad, forma el uno, materializa la otra. Como producto, empero, el resultado del proceso de producción es valor de uso (Marx, Grundrisse, 208).

Lo que antes era posibilidad se actualiza: el objeto de trabajo, el pez a ser capturado en un determinado contexto, es capturado gracias a la intervención de la fuerza del pescador canalizada por la caña, por el anzuelo y por el cebo. Por medio de la acción y

del instrumental], el alimento posible se transforma en el alimento real, del mismo modo que el instrumento saca a la luz su capacidad desencadenando en el producto la fuerza natural reprimida. ¿En qué sentido éste resume las determinaciones anteriores? El consumo del objeto y del instrumento de trabajo, de los medios de producción, no se confunde con el consumo individual que integra la cosa en el organismo, haciendo desaparecer su propia identidad como cosa; el consumo productivo se consume a sí mismo, reflexiona entre un punto de partida y un punto de llegada. Cabe insistir en los límites de esa reflexión del trabajo en cuanto actividad que, por un lado, encuentra la barrera de las cosas y, del otro, se estanca ante el producto que se le escupa. Pero el espacio dentro de esas fronteras es recorrido por el círculo de la reflexión, negándose a sí misma, rechazando la simple subjetivación de la cosa, su integración al cuerpo como alimento digerido; o todavía rechazando la simple objetivación de la intención, como sucede, por ejemplo, en el gesto que se expresa en un movimiento evanescente. Si no se resume en la subjetivación de la cosa, ni en la cosificación de la intención subjetiva, es porque desemboca en un producto, más formado, trazo de unión entre los procesos subjetivos y objetivos que lo preceden. El objeto vio su objetividad consumida, no sólo la objetividad de la cosa, sino también la objetividad del objeto de trabajo con todas las virtualidades que eso implica. De ahí que el producto nazca de una formación al mismo tiempo material y formal, transformación de las cualidades físicas y de las determinaciones de relación. Conduciendo la actividad del trabajo, orientándola en un sentido preciso, también el instrumento se desgasta en todo o en parte. La semilla genera la planta, la piedra y la viga de madera gastan parte de la resistencia que permite su funcionamiento como herramientas. O bien, si no son revivificadas por el mismo trabajo, vuelven al estado natural confundándose con el paisaje. Como resultado de la reflexión, el producto es ser-puesto, existe en la condición de punto de llegada de un proceso formador, que resume el movimiento previo y solamente en esta cualidad configura la primera objetivación del trabajo. No son, pues, las alteraciones, recibidas por la cosa durante el proceso productivo, las que determinan su posición en cuanto que trabajo objetivado, sino exclusivamente su lugar final en el referido proceso.

Profundicemos el carácter al mismo tiempo sustancial y relacional del análisis de Marx. El trabajo no es una estructura que, aunque dando forma a un material que le es dado, permanezca exterior a él, impasible en relación a su propio desempeño. Cada objeto ha de ser tomado en el interior del proceso productivo, existiendo como partícipe de él, iluminándose diferentemente en relación a focos diversos. Como, no obstante, no existe cosa en sí, cada objeto se resume en el conjunto de sus apariencias, en el conjunto de sus posiciones. El objeto de trabajo existe en cuanto posibilidad de recibir la acción del instrumento, canalizando la fuerza subjetiva del trabajo. El instrumento, en cuanto determinación recíproca del fin subjetivo y del determinismo natural. Y por fin el producto, en cuanto objeto resultante de la actualización de las virtualidades anteriores. Una cosa, que fuese la misma para la percepción, sería diferente si ocupase posiciones diferentes:

Como se ve, el que un valor de uso represente el papel de materia prima, medio de trabajo o producto, depende única y exclusivamente de las funciones concretas que ese valor de uso desempeña en el proceso de trabajo, del lugar que en él ocupa al cambiar este lugar, cambian su destino y función (Marx, *El Capital*, I, MEW, 23, 197).

Aquí poner y posición se confunden. Ahora bien, en el proceso de trabajo, el valor de uso sólo puede ocupar la posición de materia prima, de medio o de producto. El fondo de consumo, el pez a capturar, como ya vimos, debe ser considerado en la cualidad de

medio de producción. Ya que en el nivel abstracto del análisis en que nos mantenemos, la producción se resume y cristaliza en el proceso de trabajo —lo que nos permite usar ciertos resultados del análisis de la producción en general para comprender la etapa anterior del proceso de trabajo—, también podemos considerar el pez a capturar como objeto de trabajo. Dado esto, el valor de uso, en el interior del proceso que estamos estudiando, no es más que una de las tres formas de presencia, uno de los puntos del movimiento total. Sería incorrecto decir que la misma cosa natural desempeña uno de los tres papeles, como núcleo resistente que se iluminase de modo distinto sin perder su opacidad —error además en que incurre la traducción de El Capital de Wenceslao Roces (tomo I, p. 135), para no hablar de las otras. Lo que determina al mismo, el carácter de valor de uso de cada uno de los momentos, es sólo su función para la carencia humana, que ilumina el sentido general de la producción premercantil: la utilidad del objeto que recibe el trabajo, la del instrumento que lo conduce y la del producto que se dirige de inmediato al consumo individual.

"El valor de uso no se refiere a la actividad humana como fuente del producto, a su estar puesto por la actividad humana sino a su ser para el hombre" (Marx, Grundrisse, 507), lo que implica simplemente la descalificación del carácter de ser-puesto. Para el uso, el grano de trigo producido no se diferencia del grano recogido en el campo inculto, nada indica en él su condición de resultado de trabajo, a no ser un refinamiento solamente perceptible a nuestros ojos de analistas. Del mismo modo, la materia prima y el instrumento existen solamente para el uso y no como producto:

Por tanto, al entrar como medio de producción en un nuevo proceso de trabajo, el producto pierde su carácter de tal. Ahora, ya sólo funciona como factor material del trabajo vivo. Para el tejedor, el huso no es más que el instrumento con que teje y la hebra el material tejido. Claro está que no es posible tejer sin materia prima y sin huso. Para comenzar a tejer, es condición indispensable, por tanto, la existencia de este producto. Pero, en lo que toca al proceso mismo de tejer, es de todo punto indiferente que la hebra y el huso sean producto de un trabajo anterior, del mismo modo que en el proceso de la nutrición es indiferente que el pan sea producto de trabajos anteriores ejecutados por el labrador, el molinero, el panadero, etcétera. En realidad, cuando los instrumentos de producción acusan en el proceso de trabajo su carácter de productos de un trabajo anterior, es cuando presentan algún defecto. Cuando un cuchillo no corta o la hebra se rompe a cada paso es cuando los que manejan estos materiales se acuerdan del que los fabricó. En el producto bien elaborado se borran las huellas del trabajo anterior al que debe sus cualidades útiles (Marx, El Capital, I, MEW, 43, 197).

No hay ninguna necesidad, al menos inherente al concepto de proceso de trabajo en general, de que los medios de producción sean productos objetivación de trabajo anterior. El trabajo es forzosamente reiterativo, el resultado cae en el consumo individual, desaparece satisfaciendo una carencia que a su vez se renueva dando principio a un nuevo ciclo. ¿Sería posible recomenzar de cero? No es el objeto de trabajo entero el que se transfiere al producto. La tierra, objeto primordial, incluso por un poco de tiempo conserva sus cicatrices; esto ya en los albores de la producción humana cuando ésta se contenta con arañarla. Poco a poco, sin embargo, la agricultura va dejando sus residuos en el suelo, de modo de conservar alguna cosa que abra camino y mayor autonomía en relación a los actos productivos aislados.

Una herramienta tan simple como la azada, que en las formas agrícolas más primitivas puede ser preparada con la misma roca, durante algún tiempo revuelve tierras diversas.

El instrumento más elemental tiende a ser utilizado en la conformación de diversos objeto». Finalmente, del lado del trabajador queda la destreza, rastro del trabajo antiguo en forma de mayor productividad del trabajo nuevo. Aunque todo haga parecer que los tres elementos del trabajo pierden su naturalidad, no podemos concluir de ahí la necesidad de un aumento cuantitativo de los medios de producción y, por consiguiente, una tendencia natural de aumento de las fuerzas productivas. Sabemos que el trabajo anterior, cristalizado en la cosa, sólo se mantiene a costa del trabajo posterior en virtud de la mera cualidad de este último. El algodón cultivado es hilado después, tejido, el paño es teñido, luego cortado y cosido; cada uno de esos actos acrecienta la materia prima anterior; el nuevo trabajo conservando el antiguo, impidiendo su pérdida y corrosión por las fuerzas naturales (Marx, Grundrisse, 268/9; El Capital, I, MEW, 23, 197).

Pero esa conservación depende de la frecuencia del proceso de trabajo, de la cantidad de mano de obra disponible y de las mismas características físicas del objeto y del instrumento. El trigo, la azada y la esfera de cobre no aparecen en las mismas circunstancias y en el mismo intervalo de tiempo. Se suman además factores puramente geográficos —la fertilidad o aridez del suelo en que vive la población, dificultades del clima, etcétera— además de factores históricos —conquista o destrucción de los medios productivos ya elaborados— y así sucesivamente. Todo eso debemos dejarlo de lado para conservar únicamente la cualidad del trabajo de conservar y cristalizar el trabajo antiguo, de formar entre el hombre y la naturaleza brutos el intermediario constituido por sistemas de fuerzas naturales domadas, abriendo de esta manera el intervalo en que se localizan las fuerzas productivas.

3. LA REFLEXIÓN PRODUCTIVA

Entre tanto, el carácter de producto del instrumento y del objeto de trabajo se pierde al ser ellos colocados en cuanto condición del proceso posterior, volviendo a la situación de cosas prontas. Esto obviamente en sí, porque difícilmente puede pasar desapercibido para nosotros, habitantes de un mundo acostumbrado a integrar riqueza creada fuera del linterna capitalista, por medio de la vasta operación conocida como acumulación originaria, que le impone a todo momento In forma de valor, a saber, de producto.

La determinación reflexionante se instaura sobre otros movimientos y otras reflexiones existentes de la naturaleza, que el organismo, manteniendo relaciones físicas con ella, encuentra como condición de su propia existencia. No es, pues, una reflexión absoluta, sino que tiene tras de sí todo el telón de fondo de las relaciones naturales que surgen para él como presupuesto de su mismo desarrollo. Uno de nuestros problemas nucleares consiste en explicar cómo tal presupuesto pasa a integrar la reflexión del trabajo, conforme esa reflexión amplía su circuito y se transforma. Todo presupuesto acabará siendo repuesto, el telón de fondo natural, integrado en el dominio de los objetos producidos, gracias a un proceso de abstracción y vaciamiento de las condiciones. De relativa, la reflexión del trabajo encontrará así una forma de absoluto.

En la calidad de condición de reflexión del trabajo, las relaciones del hombre con la naturaleza aparecen como metabolismo, intercambio de energías entre el organismo y el medio. En vez de consistir, sin embargo, en un mero sistema circular de obtención y dispendio de fuerzas, el ciclo técnico aparece condicionado por la anteposición del producto, por la antepresencia muy humana de la cosa, lo que le presta desde luego una finalidad propia. Pero la idea en este nivel es solamente carencia, impulso de obtener algo que el organismo necesita (Marx, Grundrisse, 13). Conviene observar que la

carencia no debe ser dotada de todas las connotaciones psicológicas corrientes. Como condición del proceso de trabajo importa solamente en cuanto que le confiere movimiento teleológico. La satisfacción, la reiteración, son cualidades que, aunque presentes, dejan de poseer un contenido invariable, desde que se insertan en la reiteración del proceso enraizado en el metabolismo animal. Retirar de modo prolongado cierto satisfactor primario no extingue sólo el comportamiento correspondiente sino el mismo organismo. Y esa dependencia se inscribe en ese organismo como ausencia, una no-objetividad que debe ser restaurada. En esa relación se imprime la teleología propiamente humana, determinando por un lado la ausencia como anteposición de esta o aquella cosa y, del otro, el trabajo como actividad orientada a la obtención de la cosa antepuesta. Del mismo modo por el cual el trabajador prevé la casa, su trabajo se determina como trabajo de arquitecto. En esa instancia, la idea da un contenido mudable y particular a la carencia y al mismo objeto. Y gracias a esa particularización, él es valor de uso. No se identifica enteramente con la cosa individual resultante de un proceso cualquiera de la naturaleza, de la fructificación de la planta, de cristalización de la masa amorfa, sino que se da como objeto que afirma y encuentra su objetividad precisamente en la medida en que satisface y determina una carencia. No interesa si es esta o aquella cosa, esta o aquella manzana, con tal que sacie el deseo de manzana del consumidor o del fabricante de compota y la mantenga como necesidad de esa fruta. Al manifestar sus cualidades, el valor de Uso no existe como cosa que desdobra sus perfiles, sino como punto de interferencia representante de propiedades relevantes, parte independiente de la cosa-ahí, que no existe sin ella, sin por esto confundirse con ella, por cuanto que toma en la individualidad natural solamente la parte que vale para el uso. En cuanto valor de uso la manzana no existe sin la fruta-ahí, ésta sin embargo no es sino soporte sustituible del uso, del desdoblamiento de sus cualidades aprovechables.

Valor de uso es fundamentalmente cosa útil (Marx, El Capital, I, MEW, 23, 172), y, contraponiéndose al carácter suprasensible del valor, se presenta ante todo en la calidad de forma natural; configura una "existencia natural palpable" (natürliche handgreifliche Existenz) (Marx, Contribución a la crítica..., MEW, 13, 15). Para una determinada carencia de manzana, poco importa esta o aquella fruta-ahí, pero dos manzanas constituyen dos valores de uso, pues la posesión de un bien no es la misma que la posesión de dos bienes. Entre tanto no hay que confundir la individualidad de la cosa-ahí con la individualidad del valor de uso. La primera se da para la percepción, se individualiza en ella; en cuanto cosa que cae en el circuito de la producción, objetivo final de un sistema productivo o contrapartida física del valor de cambio de una mercancía, el segundo consiste en una "determinación formal" (Formbestimmung) (Marx, Grundrisse, 12), esto es, en una cosa que se determina conforme a la posición que ocupa en el proceso. En cuanto a la existencia de la cosa-ahí se resume en su presencia y en su perdurabilidad ante el cambio de nuestras percepciones, el valor de uso confirma su existencia en el consumo (Marx, Contribución a la crítica..., MEW, 13, 13):

el valor de uso sólo tiene valor para el uso y sólo se realiza en el proceso de consumo. El mismo valor de uso puede ser usado diferentemente. La suma de sus empleos útiles se concentra en su existencia como cosa dotada de propiedades determinadas (Marx Contribución a la crítica..., MEW, 13, 15).

La fruta existe en el árbol como simiente que abonará la tierra o dará nacimiento a un nuevo ejemplar de árbol; como objeto de uso, sin embargo, existe sólo como alimento,

ser para la necesidad humana que encuentra en el consumo el último perfil de su individualidad. Participando del proceso de trabajo, el valor de uso es objeto, instrumento o producto; en cada momento demuestra su utilidad localizada. Una misma cosa puede ser empleada como materia prima o como instrumento; lo que le confiere ese carácter es igualmente la posibilidad del doble empleo. Consumida, sin embargo, en esta o aquella polución, su uso se determina como materia prima o instrumento, de suerte que el mismo se diferencia. Al final lo concreto es nulamente la "síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso" (Marx, Grundrisse, 21), y no debe extrañar que su existencia se cúmplanse individualice según el desdoblamiento de sus determinaciones.

Siendo esto así, comprendemos cómo la actividad orientada por el trabajo consiste en efectuar en la cosa las alteraciones necesarias para la efectivación del uso previsto. En el caso más simple, del objeto que nace ya pronto para el consumo, esas alteraciones se resumen en el trabajo de la mano que lo toma. La cosa, sin embargo, surge entonces en el contexto de su aprehensión, el pez con todas las determinaciones necesarias para ser pescado. Hay que insistir en el sentido de esa metamorfosis. En la forma más simple, el trabajo se convierte en la actividad de desprender a la cosa del paisaje, de resaltar la figura en el fondo natural. Tanto mayor, entre tanto, el esfuerzo de desprender, pero se vuelve imprescindible la mediación del instrumento. El trabajador amplía su potencia colocando a su disposición, en la prolongación de su propio cuerpo, sistemas de fuerzas naturales domadas por la finalidad previa. Como el objeto de trabajo, el instrumento también es arrancado del paisaje, pero su uso es diferente en la medida en que se pone como término medio. Si el objeto de trabajo ya es en potencia objeto de consumo individual o productivo, el instrumento sirve solamente en el consumo productivo, como potencia de depurar en la cosa la utilidad para el uso personal. Por eso se determina en función de las múltiples cosas que, durante su existencia, es capaz de depurar. El objeto demanda instrumentos adecuados y el instrumento sólo puede ser aplicado a los objetos que le correspondan.

Por no considerar la determinación recíproca entre instrumento y objeto de trabajo, los economistas clásicos los aislaron y supusieron un desarrollo autónomo de la tecnología. La crítica de Ester Boserup (Boserup, *The conditions of agricultural growth*, 1965) vino a restablecer, a nuestro juicio, la alternancia necesaria. En una agricultura primitiva, le parece a la autora, no es posible encontrar una distinción nítida entre tierra inculta y tierra cultivada, pasando el cultivo de un terreno a otro conforme a las conveniencias del momento. Así pues, no se pueden separar con claridad las condiciones de creación de nuevos campos y las condiciones de cambio de tecnología en los labrantíos ya existentes. Cabe examinar entonces cómo el empleo de un cierto instrumento agrícola depende del sistema de uso de la tierra. Una alteración técnica sólo puede realizarse si el modo de ese uso también se altera. El arado, por ejemplo, es de poca utilidad en un cultivo de desmonte recién abierto en la selva, mientras que se vuelve imprescindible en el cultivo de la sabana fértil de tipo europeo; sólo él es capaz de cortar la rama de las raíces y de las gramíneas y abrir el surco que recibirá la simiente. Sin embargo, no fueron sólo los clásicos quienes olvidaron la determinación recíproca del objeto de trabajo y del instrumento; todos aquellos que piensan el desarrollo autónomo de las fuerzas productivas tomándolas exclusivamente como equipo tecnológico, incurren en el mismo engaño.

Pero volvamos al plano abstracto en que nos movíamos. Gracias a la violencia del instrumento, el objeto revela su utilidad. Esto no se hace sin una destrucción mínima de las formas de ambos: el instrumento se gasta y el objeto es arrancado de su ciclo natural —el pez muere, la fruta es cortada de la rama, la simiente es impedida de germinar. De

ahí la imposición de una forma artificial que corre paralela a la separación de la materia de su forma natural. Toda cosa natural perece en un tiempo que le es propio. La incidencia del instrumento interrumpe el ciclo, imprimiéndole una forma artificial que sólo se conserva en el interior del circuito de trabajo. Supongamos la producción de una esfera de cobre, el acto de dar forma esférica a este o aquel pedazo de cobre. Consumimos de esa manera la "forma dada", la "objetividad del objeto" por un acto de violencia que sólo el instrumento, aunque bajo la forma más primitiva de la mano, consigue realizar. La forma impresa, presente en potencia en la carencia, se cumple sin embargo únicamente en el consumo. Al ser forma para el consumo, se inserta en un contexto eminentemente humano y pierde su estatuto natural. En cuanto que permanece valor de uso, es retenida, puesta entre paréntesis, hasta desaparecer en el consumo individual o ser retomada y conservada en el consumo productivo. En el primer caso asistimos a la repetición del proceso, pero en términos estrictamente naturales, sin que nada permanezca capaz de instaurar una nueva forma de circularidad. ¿Y en el segundo caso?

Lo que hace de la cosa un valor de uso es la posibilidad de llegar a ser usada, de metamorfosearse en el consumo. ¿Cuál es el sentido de esa determinación? Sería ingenuo considerarla atributo predicable de un sujeto, así como rojo y duro pueden ser dicho de un pedazo de madera; identificarla a una función proposicional equivale a dejar de lado BU característica más específica, y pretender solucionarlo todo por la yuxtaposición de atributos. Lo rojo perece con la madera consumida en el ciclo natural, del mismo modo perece lo rojo de la manzana al ser comida. En este nivel la cosa deja de ser al trasladarse a otra. Es precisamente esa relación con lo otro lo que el consumo productivo va a innovar. Tomemos el ejemplo del algodón que en la calidad de materia prima es hilado y después tejido. En ese modo de existencia el algodón no consiste solamente en una cosa-ahí que, al recortar su propia identidad, traza sus límites en relación a las otras cosas, sino que ya existe en posibilidad de ser hilo (dejemos de lado todo lo demás que pueda llegar a ser); en términos abstractos, el algodón es ser-otro, y como otro del hilo es otro de lo otro, alterándose justamente en el interior de esas determinaciones. Ser materia prima no consiste pues en un conjunto de atributos dirigidos a un sujeto que los recibe, se resuelve al contrario en un tipo peculiar de la relación de alteridad. Al transformarse en hilo, el algodón no se traspasa a otra cosa natural, encuentra en sí mismo el ser-otro en vista del cual existía, no como cosa sino como primer momento del proceso de trabajo. El hilo es conformación del algodón, actualización de las determinaciones que posee en cuanto cosa y materia prima; para éstas es límite, frontera a la que estaba destinado. Por eso, es límite y destino (Bestimmung) del algodón. Usado para hacer volar un papalote, se gasta como otra cosa cualquiera cuyo movimiento se da en el ciclo de la naturaleza. Al ser tejido, al encontrar la esfera del consumo productivo, conserva la determinación antigua, luego que ésta se pone en la totalidad más amplia del paño. Un nuevo límite aparece, el objeto se conforma y puede ser encaminado entonces a una de las formas de consumo, y así sucesivamente.

El hilo no es más que el conjunto de fibras torcidas; gracias a la torsión y yuxtaposición, se potencializan y depuran las cualidades naturales de la fibra, digamos, la resistencia y la maleabilidad. Lo que era antes potencia bruta abandonada en el seno de la naturaleza se convierte en potencia controlada a disposición de las necesidades humanas. La producción no se resume, pues, en la alteración del aspecto exterior de la cosa —esto puede sugerir el paradigma del escultor modelando una estatua única e incapaz de ser consumida productivamente— es ante todo apropiación y dominio de una fuerza natural. Decir que el hilo realiza una potencia inscrita en el algodón, que la esfericidad

realiza la potencia del cobre, además de atribuir a la materia una multiplicidad indeterminada de formas en potencia, deja de lado la violencia necesaria para que la materia prima se convierta en producto. No hay duda de que esto sólo sucede por el instrumento. El ser otro del algodón no encuentra su destino movido por una fuerza natural que lo habite, se hace mediante un dispendio de energía del trabajador que encuentra, en el instrumento, un sistema natural ya domado, un medio de ampliar su dominio. Todo el peso de la astucia del trabajo se manifiesta aquí. Los artefactos, al contrario de los objetos naturales, recuerda Aristóteles al comienzo del libro segundo de la Física, no poseen fuente propia de cambio. Si el lecho tiende a reposar en el suelo, esa propiedad se debe, no al hecho de ser lecho, sino a la de ser material pesado. Entre tanto, basta situar al lecho al final de un proceso para que todo se transforme. No existe solamente el producto, sino con él sus condiciones de existencia, conformando una totalidad en la que cada paso existe en relación al otro.

La materia prima es materia, sujeto de una acción que se hace por medio del instrumento. Esa acción, sin embargo, no es más que simple negatividad:

El trabajo es el fuego vivo, formador; la transitoriedad de las cosas, su temporalidad, así como su modelación por el tiempo vivo. En el proceso de producción simple —sin tener en cuenta el proceso de valorización— la transitoriedad de la forma de las cosas se emplea para poner su utilidad (Marx, Grundrisse, 266).

La transitoriedad y la finitud de la cosa, en el ciclo natural, se encamina hacia su posible utilización, gracias a la antepresencia del producto bajo la forma de carencia. Bajo ese aspecto, trabajo es solamente Formung, dinamización y abstracción de una forma ya inscrita de modo encubierto e impreciso en las cosas. No se trata, pues, tanto de conferir esfericidad a un pedazo de cobre, sino de extraer de la dureza, del peso y de otras propiedades de esa sustancia, mediante la redondez, la posibilidad de que llegue a ser usada como bola para ser lanzada por el atleta. Del mismo modo, la forma de hilo da al algodón la posibilidad de ser tejido. El nuevo aspecto de la cosa sólo hace viable el uso que antes se confundía en la indeterminación de la materia. En cuanto Formung el trabajo consume la indeterminación de la materia prima, del mismo modo que consume la determinación del instrumento, para situar al producto en cuanto posibilidad de nuevo tipo: Brauchbarkeit. Si la forma, en efecto, individualiza en la cosa-ahí la parte utilizable, al mismo tiempo que la hace equivalente a otra parte de otra cosa —dos manzanas poseen el mismo uso aunque consistan en dos valores de uso diferentes—, no es por eso que se relaciona con la materia del mismo modo que la mano cuando modela un pedazo de cera. No se resume en una actualización de una potencia, sino que configura ante todo la transformación de una potencia en una potencia de nuevo tipo, desde el momento en que se inserta en el proceso. Si el producto fuese consumido individualmente, no habría ganancia alguna en comparación con la repetición instaurada por el ciclo del cristal; sin embargo, si se vuelve a la condición de medio productivo, se amplía la base material de la actividad humana y con eso se abren las puertas de la historia.

Es la solución de las aporías sobre el movimiento lo que está en juego. En vez de partir de un sujeto-sustrato, cuyo existir Hería dado por la dehiscencia de su propiedad, Marx llega ni individuo como resumen y reunión (Zusammenfassung) de determinaciones inherentes al momento del ciclo. En el proceso de trabajo la individualización pasa por tres etapas; objeto, instrumento y producto, constituyendo el trabajo la negatividad formadora. De ahí que las individualidades sean generadas por las respectivas posiciones en el proceso. Desapareciendo la individualidad absoluta, Coriscos al pasar

por el liceo puedo no ser el mismo Coriscos pasando por el morcado. Para Aristoteles la unicidad de Coriscos es mantenida siempre que permanezca un sustrato a, indiferente a la sustitución de un atributo b por otro c: La materia surge así como lo que perdura en el desdoblarse del tiempo, que se proyecta exterior a la cosa en forma de parámetro. En el lenguaje de Hegel, Marx parte del paso de b a c a fin de llegar a a como el fundamento puesto por la aparición de b y por la aparición de c. Sin embargo, esto sólo es posible si b y c estuvieron desde el comienzo vinculados en un proceso, cuyas etapas ya están dadas, pues en el caso contrario no habría movimiento, sino sólo dos COMÍ ¿yo, De ahí el papel de la finalidad de la carencia del valor de uso que, en el interior del proceso de trabajo, sólo puede ocupar la posición de objeto, de instrumento y de producto. Condición anterior del proceso, con todo, es su resultado, la antepresencia del uso se confirma en el valor de uso, fundamento de una de las tres apariencias del objeto.

Reflexionar sobre estas cuestiones» m condición de pensar lo que Marx entiende por producción en cuanto consumo del consumo. No nos engañemos, sin embargo, a propósito de nuestros resultados. La circularidad del proceso de trabajo, que se oculta en el momento en que oí producto, al pasar a la posición de medio de producción, pierde su carácter de producto, se rompe a cada instante, exigiendo la intervención de un factor natural y exterior que tiende a ser repuesto. Nuestra tarea es acompañar el desdoblamiento de esa tendencia al círculo. Del mismo modo que el proceso biológico es una abstracción cuyo contenido solamente la cibernética de la célula supo develar, el proceso de trabajo es otra abstracción que debe ser cumplida. Pero al menos ya fue señalado el terreno donde ese movimiento ocurre. Trasladando el trabajo al universo del proceso, retirándolo de la esfera de la emersión y surgimiento de la cosa para situarlo en la circularidad de la interiorización y de la exteriorización, Marx hizo de él praxis en vez de poíesis.

4. DISOLUCIÓN DE LAS RELACIONES ECONÓMICAS

Damos un paso adelante en el sentido de completar la circularidad defectuosa del proceso de trabajo, al Introducirlo en el contexto más amplio de la producción social. Los economistas clásicos la entienden como la manera por la cual miembros de una sociedad conforman productos naturales a las necesidades humanas. Obtenidos los productos, éstos son distribuidos entre los individuos de acuerdo con leyes sociales determinadas. El intercambio interviene a su vez para redistribuir, conforme a las necesidades individuales, lo que ya fue repartido, a fin de que los objetos trabajados puedan desaparecer en el consumo. Se forma, pues, un silogismo en el que la producción, punto de partida, configura lo universal, la distribución y el intercambio como término medio confieren lo particular, y el consumo lo individual. Así es como Marx (Marx, Grundrisse 10/11) describe las "representaciones" económicas. Pero éstas deben ser disueltas para que revelen su verdadero contenido, ya que una comprensión más profunda de la vida económica implica una disolución de IIIH relaciones reales, en la revelación de sus determinaciones recíprocas. VM la tarea que Marx se impone en la segunda parte del celebre posfacio de la Contribución a la crítica de la economía política.

La producción también es inmediatamente consumo, consumo del trabajador y de los medios de producción (objeto e instrumentos de trabajo), o mejor, consumo de los tres momentos esenciales del proceso de trabajo. En este nivel es consumo productivo, modo de determinación equivalente a la negación de los términos ya establecidos. De ahí el recuerdo de la frase espinosiana: determinatio est negatio, El análisis de ese tipo de consumo sirve, entre tanto, para distinguirlo del consumo propiamente dicho, que se

presenta como el opuesto negador de la producción. Cada consumo cumple funciones diferentes; mientras en la producción, con el consumo del consumo, los productores se objetivan, en el consumo propiamente dicho las cosas producidas se personifican. Planteada y mantenida la oposición entre producción y consumo, nace entre ambas un movimiento mediador la producción sirve de mediadora al consumo, creándole los materiales, el consumo sirve de mediador a la producción, propiciándole los mismos consumidores. Perdida la identidad inicial, la distancia entre los términos abre el espacio para el devenir; el producto, a diferencia del mero objeto de la naturaleza, se demuestra como producto, llega a serlo sólo en el consumo. Ahí realiza la configuración ideal que poseía en el estado de carencia. Entre tanto, "la producción no es sólo inmediatamente consumo, y el consumo inmediatamente producción, ni es la producción sólo medio para el consumo y el consumo sólo fin para la producción, esto es, el uno proporcionando su objeto para el otro, la producción (el objeto) exterior al consumo, el consumo (el objeto) representado por la producción: cada uno no es inmediatamente el otro ni el mediador del otro, sino que cada uno de los dos, al cumplirse, crea al otro, se crea como otro" (Marx, Grundrisse, 14). El acto de producción se realiza en el acto de consumo y lo produce y viceversa.

Esta génesis de alteridad se expresa en términos económicos por la ley de Say, según la cual la oferta crea su propia demanda. La crítica que le hace Marx tiene para nosotros un interés particular. Recorrido el camino que sale de la identidad, pasa por la mediación y termina con la génesis de lo otro, nada más fácil para un hegeliano, afirma Marx, que concluir por la identidad de la producción y del consumo. El reproche no va dirigido contra Hegel mismo, que no se contentaría con una identidad que no encerrase en su seno su propia diferenciación. Más interesante es el argumento contra Say, el que a nuestro parecer se desdobra en dos tiempos. El primer engaño consiste en tomar la sociedad como un único individuo, esto es, "especulativamente", pues sólo así es posible considerar el consumo como momento interno e inmediato de la producción en la calidad de carencia. Descartado ese engaño, cabe aún comprender que la relación entre productor y producto es mediada por lo otro:

En la sociedad, en cambio, la relación del productor con el producto, una vez terminado este último, es exterior y el retorno del objeto al sujeto depende de las relaciones de éste con los otros individuos. No se apodera de él inmediatamente. Además la aprobación inmediata del producto no es la finalidad del sujeto cuando produce en sociedad. Entre el producto y los productos se interpone la distribución, que determina, mediante leyes sociales, la parte que le corresponde en el mundo de los productos, interponiéndose pues entre la producción y el consumo (Marx, Grundrisse, 15/16).

La disolución de las relaciones económicas nos conduce a un primer resultado: el trabajo tiene la peculiaridad de establecer un objeto exterior. A causa de esto, el producto no se sitúa; al contrario de la herramienta de uso, en la prolongación del cuerpo del trabajador; hace su juego en el mundo y permanece a disposición de otros, si el mismo trabajador no transforma en un gesto cualquiera, tácito o explícito, violento o pacífico, su acto de prolongación en un acto de apropiación. Así el objeto que él mismo produce le debe ser confirmado en una relación de alteridad. Esto destruye por completo la noción clásica de producción. No basta señalar el carácter social de la producción, decir que ésta se hace colectivamente, ni apelar a la esencia genérica del hombre, que desde luego vive en sociedad y toma conocimiento de ello, si no se muestra la manera en que el productor obtiene su producto. Aunque se parta del acto más simple de la fabricación individual, la presencia de las leyes sociales de la distribución ya se hace

sentir en la relación del productor con el producto acabado. Dado esto, se vuelven posibles el intercambio y el dinero y con este la retención de un valor fuera del mercado, lo que destruye la reciprocidad postulada por la ley de Say. Marx, en este texto, no desarrolla el argumento por entero, contentándose en retar la exterioridad del producto a ser lanzado al dominio de la distribución. ¿Cuál es, sin embargo, el vínculo entre producción y distribución?

Un rápido examen de los textos de economía demuestra, según observa Marx, una simetría entre los renglones que figuran en la producción y los que aparecen en la distribución; de un lado, agentes de la producción como la tierra, el trabajo, el capital; del otro, las partes distribuidas como la renta de la tierra, el salario, la ganancia y los intereses. Lo que indica que la distribución no es más que la manera por la cual los agentes retiran del producto global las cuotas que les corresponden, por participar del proceso productivo. En ese sentido la distribución resulta de la propia producción, tanto según los contenidos, los cuales sólo como resultados de la producción pueden ser distribuidos, como según la forma, la manera peculiar de participar en la producción determinando la manera de la distribución. Esa relación, sin embargo, se invierte cuando se asume la perspectiva individual o de la sociedad como un todo. Frente al individuo, las leyes de la distribución aparecen indicando su participación en el producto, conforme a su posición social. Desde el punto de vista de la sociedad, la distribución configura un hecho extraeconómico imponiendo sus moldes al proceso productivo: un pueblo conquistador distribuye entre sí las tierras conquistadas y así instaura una forma de propiedad agrícola; o si no, mediante la fuerza puede fragmentar la gran propiedad, obligando a un modo particular de producción.

Sin embargo, es superficial ver la distribución exclusivamente desde la perspectiva del producto. Es preciso considerar también la distribución, primero, de los instrumentos de producción, después de los miembros de la sociedad en los diversos tipos de esa misma producción. En otras palabras, la distribución debe tomar en cuenta tanto el producto como los tres elementos esenciales del trabajo: objeto, instrumento y trabajo. De estos factores nace necesariamente la distribución del producto. Con eso la distribución pasa a formar parte integrante de la producción, en un movimiento que termina por destruir no sólo la independencia sino también el sentido tradicional de los dos términos. Por lo tanto es incorrecto, aunque muy frecuente y lamentable, seguir diciendo sin más que la producción determina la distribución, dejando de pensar esa producción articulada por vínculos que dependen, de un lado, de la etapa en que se encuentra la constitución de los tres momentos esenciales del proceso de trabajo, y del otro, de la distribución de los mismos entre los miembros de la sociedad. Veámoslo con detalle. ¿Qué significa la primera dependencia? La producción tiene como punto de partida objetos de trabajo ya desprendidos del telón de fondo de la naturaleza, dispone de un instrumental, de un sistema de fuerzas naturales subyugadas, cuyo noción se desarrolla en una orientación prevista —ambos forman la base tecnológica, trabajo muerto conservado, término mediador entre el hombre y la naturaleza siempre pronto a hacer explotar todas sus potencialidades. A esto se suma la masa de trabajadores, cuyo número depende de factores demográficos, y cuya calificación está sujeta a factores educacionales. Configuran condiciones encontradas por la producción, presupuestos naturales o históricos admitidos por ella y formando el suelo a partir del cual ella germina. Suman lo que tradicionalmente se llama las fuerzas productivas.

El proceso de trabajo se diferencia al encontrar condiciones ambientales diferentes, o respetando diferencias físicas, señaladamente las sexuales, entre los trabajadores. Nace así una división natural del trabajo, que se desarrolla en el sentido de dispersar y diversificar el sistema productivo de la comunidad (Marx, *El Capital*, I, MEW, 23,

372/3). La manera por la cual son apropiados los objetos y los instrumentos de trabajo y, en casos especiales, los mismos trabajadores bajo la forma de esclavos o de fuerza de trabajo comprable, impone determinada distribución del producto, llevando a los individuos a sustentar determinadas relaciones entre sí. Son las relaciones de producción, que configuran otras tantas condiciones que la producción debe enfrentar. Toda la dificultad reside en comprender cómo tales condiciones son integradas por el mismo proceso productivo, a saber, cómo tales presupuestos son repuestos:

Qué relación tiene esta distribución determinante de la producción con la producción misma es sin duda un problema que cae de por sí dentro del marco de ésta. Se podría decir que ya que la producción debe partir de una cierta distribución de los instrumentos de producción, por lo menos la distribución, así entendida precede a la producción y constituye su premisa. Y será preciso responder entonces que efectivamente la producción tiene sus propias condiciones y sus supuestos, que constituyen sus propios momentos. En un comienzo estos supuestos pueden aparecer como hechos naturales. El mismo proceso de producción los transforma de naturales en históricos; si para un periodo aparecen como supuesto natural de la producción, para otro periodo, en cambio, constituyen su resultado histórico. Ellos se modifican incesantemente en el interior de la producción misma (Marx, Grundrisse, 18).

El secreto de todo el texto se ilumina. La disolución de las relaciones económicas, la completa subversión del sentido de las categorías clásicas, hace emerger el nuevo concepto de modo de producción. Gracias a la profunda imbricación entre producción y distribución, la producción deja de ser encarada como relación directa entre el hombre y la naturaleza, para ser mediada por la manera por la cual el objeto, el instrumento y la propia fuerza física de los trabajadores se distribuyen entre los miembros de la sociedad. De ahí la importancia del modo. Se comprende por qué la producción es sólo una abstracción razonable (*verstandig* y no *verstandlich*, como interpretan los althusserianos —cf. Grundrisse, 7), cuyo entendimiento, si en verdad puede darnos trazos generales de todos los sistemas productivos, deja en la sombra la pregunta fundamental respecto de la constitución y articulación de esos trazos. Una vez resaltado el carácter modal de la producción, todos los términos del silogismo de la economía clásica vienen a disolverse ahí. A costa, sin embargo, de entender que el modo de producción es un proceso reflexivo, que retoma la reflexión del trabajo en un nivel más concreto y más amplio. De ahí que sea imprescindible entender el juego de la posición y reposición de los presupuestos:

Las cuestiones planteadas antes se reducen todas, en última instancia, a una sola: ¿cómo inciden las condiciones históricas generales en la producción y cuál es la relación que mantiene con el movimiento histórico en general? Esta cuestión ocupa un lugar evidentemente en la discusión y desarrollo del tema de la producción misma (Marx, Grundrisse, 18).

Nos topamos con la diferencia, que no nos cansaremos de señalar, entre determinaciones históricas, condiciones encontradas por la producción, y determinaciones que ella misma repone en su movimiento circular; en suma, determinaciones del devenir y determinaciones de la esencia del fenómeno (Giannotti, 7,0.1 orígenes de la dialéctica del trabajo, 1966, 194). Perseguir la transfiguración de ese tema aristotélico en la obra de Marx se presenta, pues, como la tarea más

importante, ya que, como acabamos (le indicar, en él se resuelve la dialéctica de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción.

Existen dos movimientos a considerar. De un lado, la metamorfosis de todo aquello que crece naturalmente (*naturwüchsig*) en un factor propiamente histórico, gracias al dominio de las fuerzas naturales por la producción. Una condición cualquiera del trabajo, un objeto o instrumento existente en la naturaleza, se convierte en una condición histórica al reponerse como materia prima o herramienta fabricada. Con eso se forma el conjunto de fuerzas naturales domadas que llamamos fuerzas productivas. Lo mismo se da con las relaciones de producción determinadas por el modo de apropiación de esas fuerzas. De otro lado, la constitución de objetos socializados conduce a su conocimiento, en la medida en que se completa su constitución. El modo de producción capitalista separa el trabajo del mismo trabajador, le confiere la autonomía real que permite su conocimiento. La existencia del trabajo sin atributos es presupuesto de la producción de la categoría trabajo (Marx, *Grundrisse*, 25), la única capaz de comprender las fases de formación del proceso de trabajo, cuando éste aparece irremediabilmente imbricado con otras determinaciones naturales y sociales. Tomemos un ejemplo. Sabemos que el primer momento del proceso de trabajo consiste en el desprendimiento de la cosa de su contexto natural. Esto se realiza, en condiciones concretas, por medio de manipulaciones que han de tomar en cuenta la manera por la cual la naturaleza se da para la sociedad en cuestión. Si ésta la concibe como un sistema de fuerzas en el que nosotros, modernos, reconocemos el entrelazamiento de factores mecánicos, químicos, biológicos o mágicos, no hay por qué dejar de considerar necesario el trabajo de manipularlos a todos ellos. Cuando los trobriandeses, antes de abatir el árbol con el que harán la canoa, ahuyentan de él a los espíritus de los bosques, encantándolos para que habiten otro lugar, están simplemente desprendiendo el objeto de trabajo del paisaje, del mismo modo que lo hace el obrero moderno al arrancar el cristal de la roca con el golpe de su piqueta. A cada paso de la construcción de la canoa, la magia interviene para aliviar el peso del tronco a ser acarreado, para otorgarle la ligereza que lo hará volar como mariposa, conservando la imagen indígena, y así sucesivamente (Malinowski, *Argonauts of the Western Pacific*, 1953, cap. 5). La magia, en este caso, separando el objeto de trabajo, depurando sus propiedades físicas o atribuyéndole otras sobrenaturales, configura una parte imprescindible del proceso de trabajo. No hay duda de que luego se crea una diferencia entre el golpe de piqueta y el rito de expulsión: nosotros sabemos que el cristal no puede ser arrancado sin el golpe, mientras que el árbol puede ser arrancado sin el rito. Pero entre nuestro saber y el saber del indígena se extiende y modela toda la historia de los tabúes vencidos, de las coyunturas concretas y osadías personales que llevaron a la superación de los mismos, la historia de la constitución de nuestro modo de existencia, de donde la ciencia eficaz, con sus tabúes propios, puede volverse al origen y comprenderlo a nuestro modo. De igual manera que la guerra, para la antigüedad clásica, la magia puede ser el trabajo para la sociedad primitiva

Es preciso tener cuidado de no confundir la disolución operada por Marx, con las tentativas modernas de adecuar las ciencias económicas al estudio de las sociedades primitivas. El intento de Marx nos parece más radical, por cuanto pone en jaque el sentido mismo de lo económico en la acepción corriente. Los esfuerzos de Karl Polanyi y de su grupo son ejemplares. Recusan, como Marx, el sentido formal de una economía que se contenta con el análisis lógico de la escuela de usos alternativos de medios insuficientes, en virtud de que eso supone una noción de racionalidad, implícita en la relación entre medio y fin, que no puede ser aplicada a todas las sociedades. Tampoco el comportamiento económico se da siempre frente a medios insuficientes, existiendo

comunidades de abundancia que ponen en jaque el postulado de escasez. Surge así la necesidad de un concepto sustitutivo de economía "definido como un proceso institucionalizado de interacción entre el hombre y su medio ambiente, que resulta en un aprovisionamiento continuo de medios materiales que satisfacen carencias" (Polanyi, *Trade and market in the early Empires*, 1957, 248). La diferencia con el marxismo se presenta en la comprensión del carácter institucional del proceso económico, responsable de la unidad y estabilidad de este. Trabajando con elementos ecológicos, tecnológicos y sociales, lo económico no se estructura sin lo que Polanyi llama formas de integración, tales como la reciprocidad, la redistribución y el cambio. Reciprocidad denota movimientos de puntos relativos entre grupos simétricos; redistribución, movimientos apropiados en relación a centros de aglutinación y difusión; cambio, procesos ligados a un sistema de mercados. Si la primera presupone simetría entre los ejes, la segunda supone la creación de centros de atracción y repulsión, mientras que finalmente la tercera, supone la equidad de las relaciones de cambio. Esas formas pueden imbricarse unas en otras para formar un modelo adecuado a una situación concreta, especialmente la sociedad premercantil, en donde reciprocidad y redistribución ocurren conjuntamente. El predominio de una forma en relación a las otras se identifica, por último,

con el grado en que comprenda la tierra y el trabajo en la sociedad. La así llamada sociedad salvaje se caracteriza por la integración de la tierra en la economía por medio de vínculos de parentesco. En la sociedad feudal, los vínculos de vasallaje determinan la suerte de la tierra y del trabajo que va ligado a ella (Polanyi, *op. cit.*, 1957, 255).

y así sucesivamente. Obviamente todos esos rasgos institucionales deben aparecer en la definición marxista de un determinado modo de producción en la calidad de presupuesto. Antes, sin embargo, debemos abandonar la perspectiva de la sociedad como un todo pues, si no, nunca lograremos escapar de una visión parcial del proceso productivo, sucumbiendo al engaño ya señalado por Marx: "Considerando la sociedad en su totalidad, la distribución parece preceder a la producción... y determinarla, a decir bien como un hecho pre-económico". ¿Qué significa, sin embargo, abandonar esa perspectiva? En la explicación de las relaciones de parentesco es posible privilegiar el principio de reciprocidad (Lévi-Strauss, *Las estructuras elementales del parentesco*, 1949, cap. 1), por cuanto las mujeres, los bienes raros a ser circulados, escapan desde luego de un sistema social de producción. A no ser en casos muy esporádicos, no se instala en la historia la producción de esclavos; todas las formas productivas premercantiles tienden a la reproducción de individuos ya dados biológicamente. Esa diferencia en la circulación de mujeres y circulación de bienes es esencial, ambas constituyen la superficie de fenómenos que suceden en profundidad, pero solamente la segunda tiene que ver con productos del trabajo humano. De ahí que sea preciso explicar el origen de esos productos y la instalación de un sistema productivo que pueda obedecer a reglas distributivas preexistentes. Pero no toda regla, sin embargo, puede determinar una sociedad concreta. Por eso toda la cuestión se resume en saber cómo se establecen las relaciones entre el "hecho pre-económico" de la distribución y la misma producción. Pero ésta es una cuestión cuya respuesta depende de datos empíricos. El movimiento no se resuelve sólo en el nivel del concepto y exige una investigación histórica, que diga a partir de qué cuadros institucionales se instaura el proceso circular. Desde la óptica en que nos situamos, debemos solamente insistir en la necesidad de que la investigación empírica considere, en lugar de la yuxtaposición de la distribución y de la producción, su determinación recíproca. Para Marx ambos lados son

complementarios, pero nunca yuxtapuestos. Y para descubrir los mecanismos de esa complementariedad cabe investigar por qué perduran esas determinaciones preeconómicas. Ya que los fenómenos sociales no poseen masa ni obedecen de por sí a un principio general de inercia, debemos mostrar que la condición se mantiene en la medida en que pasa a resultar del mismo proceso productivo, entendido éste ahora como proceso articulado enteramente por las reglas de que se partió como presupuesto. En otras palabras, es preciso establecer la viabilidad económica del sistema inicial de distribución ; con eso éste pasa a formar parte del modo de producción como un todo.

Al tomar como hilo conductor de la investigación el proceso de posición y reposición alteramos enteramente nuestra visión de lo que es la socialidad. La sociedad deja de ser un conjunto de partes orgánicamente engranadas, orgánico en el sentido de *naturwüchsig* —de crecimiento natural espontáneo— para ordenarse en función de un nivel diferente de circularidad. Poco importa que las condiciones sean naturales o históricamente dadas, al ser repuestas pasan necesariamente por la mediación de la apropiación de las fuerzas productivas. Se distribuyen productos, términos finales de un proceso productivo, que depende de la apropiación y manipulación de medios de producción y, por consiguiente, de la manera por la cual las fuerzas naturales fueron domadas por los designios humanos. De ahí que la distribución aparezca al final como resultado del modo por el cual los hombres conjuntamente se apropian de la naturaleza, a saber, en la calidad de faz exterior del mismo modo de producción. El presupuesto inicial pierde así el carácter primitivo, se convierte en resultado histórico, cuya reiteración se basa en la dependencia de todas esas fuerzas subyugadas en que el hombre se objetiva y la naturaleza se personaliza. En lugar de la mera repetición mineral, de moléculas que se yuxtaponen para tramar la estructura del cristal, tenemos la repetición de la circularidad histórica donde, si en efecto el punto de llegada se reanuda con el punto de partida, esto sólo es posible después de que el trabajo vivo revivifica el trabajo muerto inscrito en las cosas. En esa matriz del venir a ser histórico Marx encuentra el secreto de todas las formaciones sociales. No debe extrañarnos, por lo tanto, que factores que no intervienen directamente en el proceso de reposición ocupen un lugar secundario, dependiente, que exige una explicación suplementaria —aquí se abre el espacio para las superestructuras. El punto de vista genético se impone en todas partes. No todo en la sociedad posee el mismo peso ontológico, de suerte que ella misma no puede ser comprendida como un todo dependiente de variables equivalentes y yuxtapuestas. En virtud de descartar ese carácter histórico de la repetición, Polanyi, Lévi-Strauss y el estructuralismo en general son llevados, en contrapartida, a recurrir a una concepción kantiana de la forma como función unificando una multiplicidad de elementos dispersos y equivalentes. Nada altera que esa forma deje de residir en un cielo platónico, para pasar a ser inscrita en el córtex cerebral, en los mecanismos del comportamiento, o simplemente funcionando como idea innata; en todos esos lugares está manifestando solamente su ahistoricidad, o más bien, el tipo de repetición indiferente que instala o recoge.

Ese retorno a Kant se hace necesario siempre que, en el proceso reflexionante de la producción, se pierde el carácter exterior del producto y, con él, la cesura en la cual se infiltra la relación con el otro. El objeto producido se coloca entonces en la prolongación del cuerpo, del mismo modo que los medios de producción. Con eso, fuerzas productivas y relaciones de producción, aunque aún puedan revelar su interdependencia, dejan de formar un todo dinamizado por la reposición, para caminar en direcciones opuestas: de un lado, el desarrollo tecnológico propiamente dicho, del otro, el universo de la interacción simbólica. Hombre y naturaleza se encuentran sin fecha fija para la reconciliación. Ésta es la solución propuesta por Habermas. Pero su

sofisticado edificio reposa en bases frágiles, en una interpretación del concepto de producción que tiende a la "representación" de los clásicos —la larga nota 70 (Habermas, Conocimiento e interés, 1968, 72) lo comprueba. Si le parece insuficiente la tentativa, explorada por Marx, de encontrar en la misma producción los cuadros institucionales a partir de los cuales se procesa, es porque no percibe en eso un movimiento circular en donde los resultados tienden a ser presuposiciones. La producción pierde así su carácter nodal y el trabajo, que correctamente desempeña una función sintética, pasa a ser entendido como una categoría ahistórica —la abstracción que posee en nuestra época valiéndose entonces para el pasado entero.

5. LO NATURAL DE LA HISTORIA

En los sistemas precapitalistas, no son idénticas las relaciones que los trabajadores mantienen con los productos y con los medios de producción. Si los primeros, en cuanto están acabados, pueden escapárseles de las manos —y esto puede suceder en el nivel más primitivo e incluso animal del proceso de trabajo— los últimos se dan como prolongación de su propio cuerpo y, en ese sentido, propiedad suya, gozando del mismo estatuto que sus demás partes orgánicas. La unidad formada por el trabajador y las condiciones de trabajo por él mismo apropiadas, entre las cuales el otro aún aparece como categoría indiferente, constituye lo que llamamos individualidad técnica. El nuevo concepto sirve para restar el carácter relativo de la unidad formada por el proceso de trabajo. Además, Marx tiene el cuidado de colocar, en lugar del trabajador, el trabajo en cuanto momento esencial de él, desvinculando así ese momento del agente concreto. El individuo trabajador no se confunde con la individualidad biológica, el representante de la especie, ni se confunde, obviamente, con la individualidad jurídica. Además de incorporar sectores domados de la naturaleza, la individualidad técnica no precisa tener al individuo biológico como polo dinámico: "El hombre sólo se aísla a través del proceso histórico. Aparece originariamente como un ser genérico, un ser tribal, un animal gregario, aun cuando de ninguna forma como un animal político en el sentido político" (Marx, Grundrisse, 395/6). La individualidad técnica surge como la unidad de un grupo de individuos, biológica y socialmente ligados, apropiándose sus condiciones de reproducción (fuerzas productivas), preservándolas y alterándolas.

Tiene como primer presupuesto la comunidad natural (*naturwüchsig*) de esos individuos, comunidades de sangre, de lenguaje, de costumbres, etcétera, pero sólo como punto de partida a ser repuesto y, por consiguiente, modificado. No hay duda de que en esa comunidad intervienen factores tanto biológicos como socioculturales, pero importa este su carácter de condición que da origen al movimiento circular, cuyo punto de partida debe siempre conservar una dosis de arbitrariedad. El segundo presupuesto es de orden tecnológico, referente a las diferenciaciones que los medios de producción evidencian conforme se desenvuelven en situaciones naturales diferentes. Es obvio que, en el estudio de una sociedad particular, sólo una investigación concreta puede trazar el perfil de esas condiciones.

Supongamos que el grupo de que se compone la individualidad técnica sea formado por la misma comunidad. Es la situación más simple de imaginar. Según esa hipótesis, la comunidad se apropia tanto de las condiciones de su trabajo, los medios de producción, como del producto. Aunque cada trabajador individual configure aquí sólo una pieza de un gran organismo, de ningún modo se confunde con él. Mantiene su individualidad biológica, ocupa, en las relaciones de familia, donde las diferencias biológicas son reelaboradas por relaciones de alianza, una posición definida y, sobre todo, es sujeto parlante y consciente. Nunca constituye, sin embargo, un trabajador autónomo, porque,

en esas condiciones, trabajar aislado de manera continuada es tan imposible como aprender a hablar solo: el aislamiento y la manutención del objeto y del instrumento de trabajo están, pues, en la dependencia más estricta del trabajo colectivo. Todo sucede como si tuviésemos el trabajador total de la manufactura, cuando cada individuo ejecuta solamente una tarea parcial del proceso de trabajo (Marx, *El Capital*, I, MEW, 23, 369), con la diferencia importantísima de que el producto no entra al juego del mercado, sino que es directamente apropiado porque nace del trabajador total. Del mismo modo que la individualidad técnica se apropia de sus medios de producción, los trabajadores parciales se apropian de las partes de los referidos medios de que se ocupan. Es como si tuviésemos dos cuerpos inorgánicos, el cuerpo de la individualidad técnica y el cuerpo del individuo trabajador, siendo éste aislado de aquél en la medida en que el trabajador personal realiza sus tareas. Un trabajo muy simple y primitivo, mordiendo la tierra pasajeramente, debe estar estrechamente subordinado a las condiciones de apropiación del objeto de trabajo fundamental. La comunidad posee, pues, la tierra comunitariamente, pero esa propiedad se realiza de manera parcial por la posesión transitoria de los campos cultivados por el individuo y su familia. Cabe pues distinguir dos formas de apropiación, la primera comunitaria, correspondiendo a la individualidad técnica, y la segunda privada, correspondiendo a la posesión pasajera del individuo — una propiedad privada muy diferente de las formas modernas que conocemos. Una distinción de esa especie es la hecha expresamente por Marx:

donde la propiedad sólo existe como propiedad de la tierra, el miembro individual como tal es sólo poseedor de una parte específica, hereditaria o no, pues a ninguno le pertenece de por sí una fracción de la propiedad, sino como miembro inmediato de la comunidad, en cuanto está en unidad directa con ella y no en cuanto se diferencia de ella [...] Sólo existe propiedad colectiva y únicamente posesión privada. Los modos de esta posesión en relación con la propiedad colectiva pueden modificarse por completo histórica o localmente, etcétera, según que el trabajo mismo ocurra a cargo del poseedor privado aislado o, a su vez, esté determinado por la comunidad o por la unidad situada por encima de las comunidades particulares (Marx, *Grundrisse*, 380).

Sin embargo, si bien es privada la posesión de los medios de producción, no lo es necesariamente la posesión del producto. Al contrario, la posesión colectiva podría configurar que se manifestase una forma de propiedad colectiva. Tendríamos así una situación en la que el producto, obtenido por el trabajador individual, necesariamente ha de ser distribuido, a fin de comprobar el carácter colectivo de la apropiación de los medios de producción en general. En este sentido, la distribución garantiza la unidad del grupo, unidad que es condición de su propia reproducción por medio de la apropiación colectiva de los medios productivos. El individuo produce para la comunidad, por cuanto sólo ella permite su existencia como parte del trabajador rural. Un ejemplo concreto de individualidad técnica, en que la propiedad se distingue de la posesión nos parece ser el grupo que construye y usa una canoa en las islas Trobriand. En verdad, este caso es mucho más complejo, ya que la comunidad no se confunde con la individualidad técnica, pero en el interior de ésta encontramos el mismo tipo de relación. Es el jefe quien se propone construir una canoa y para ello invierte cierto "capital". En este aspecto la canoa es reconocida desde luego como de él. En la medida, sin embargo, en que otros colaboran en el proceso de su construcción, pasan a participar de su posesión: "así la propiedad de una canoa de pesca de los trobriandeses es definida por la manera por la cual el objeto es hecho, usado y encarado por el grupo de hombres que la produce y goza de su posesión" (Malinowski, *op. cit.*, 1951, 19). Luego, con

todo, la posesión privada del jefe encuentra sus límites: no puede él negarse a participar de una pesca colectiva, cuando los intereses grupales obligan a una utilización comunitaria del principal instrumento de la tribu.

No debemos, sin embargo, incurrir en el error de la ortodoxia marxista, que atribuye valor explicativo a esquemas formales del tipo que acabamos de desarrollar. No damos explicación alguna de las relaciones de propiedad y de posesión en la sociedad trobriandesa. Solamente tratamos de demostrar que el problema debe ser planteado en la manera por la cual esa sociedad se relaciona con sus condiciones de existencia. Al contrario de lo que piensa Malinowski, el comunismo primitivo no describe, para Marx, una situación unívoca, una peculiaridad intrínseca que pudiese explicar el funcionamiento de cualquier sociedad dando sus primeros pasos en dirección a la historia. A pesar de su importancia enorme, es forzoso resaltar los límites del valor explicativo de la noción de propiedad general. En lugar de resumirse en el acto de afirmación de voluntad personal que se dirige a la cosa reservándola, configura ante todo la manera de una individualidad técnica, esto es, de una unidad productiva en acto, al relacionarse con los presupuestos de su existencia. Pero en esa relación de la producción con sus presupuestos, interesa, sobremanera, la forma de reposición de los mismos. El ejemplo del sistema capitalista es revelador. Éste asume al menos tres formas fundamentales de propiedad: la de la tierra, como privilegio de extraer renta; la del capital, como privilegio de obtener ganancias y comandar el trabajo ajeno; y la de la fuerza de trabajo, como "privilegio" del trabajador de alquilarse. Hasta aquí se manifiesta la correspondencia con los tres momentos esenciales del proceso de trabajo. La producción social se encuentra así cercada por esos presupuestos, encontrando "fronteras", para usar una expresión del joven Marx, que la encarrila y hace de ella un modo. No obstante, sería engañoso caracterizar el modo de producción capitalista exclusivamente por la enumeración de esas formas de propiedad, pues la cuestión reside en saber cómo ellas se conservan, cómo permiten una manera específica de la explotación del trabajo, que sólo el concepto de plusvalía sabe revelar. Quien las toma así, acriticamente, es la Economía vulgar, que por eso no va más allá de la superficie del fenómeno. Y lo que vale para el concepto de propiedad, también vale para el concepto de división del trabajo. Ya La ideología alemana apunta a la identidad de ambos:

Las diversas etapas del desarrollo de la división del trabajo equivalen a diversas formas de propiedad esto es, cada etapa de la división del trabajo también determina las relaciones de los individuos entre sí, en vista del material, instrumento y producto del trabajo.

Son caras diferentes de una misma moneda, representando una el lado activo, la otra el lado pasivo del proceso. Pero el texto de La ideología alemana no elabora convenientemente el carácter reflexionante de esas categorías, contentándose con la enumeración de las formas de propiedad. Sin embargo, ¿no sería incorrecto responsabilizar a Marx por la transformación en paradigma de un camino, cuya estrechez fue explícitamente reconocida más tarde?

La misma insuficiencia afecta, mutatis mutandis, a los otros modos de producción. Por cierto, las relaciones de propiedad no cumplen funciones equivalentes en la alienación y ocultación del fenómeno de la explotación, pero comunismo primitivo o formas "asiáticas" de propiedad constituyen sólo presupuestos específicos de sistemas diferentes, puntos de partida de una investigación lógica y empírica que debe describir los recursos por los cuales logran persistir. Limitarse a la enumeración de las formas de propiedad, como hace La ideología alemana, equivale a limpiar y cercar un terreno sin

emprender la construcción del edificio. Para hacerlo, es preciso ante todo reconocer el carácter reflexionante de las categorías marxistas, dejar de pensar el modo de producción como modelo reducido que organizase los datos dispersos de la experiencia, o incluso como tipo ideal, construido mediante la exageración estratégica de ciertos rasgos peculiares a una situación concreta. Muy al contrario, designa simplemente un proceso objetivo de producción, cuya articulación es al mismo tiempo punto de partida y de llegada. Dado el círculo, es entonces inmediata la distinción de los presupuestos "históricos", que no son repuestos, y los presupuestos esenciales, sistemáticamente reiterados. Conviene observar el significado preciso que la palabra "objetivo" posee en este contexto. El proceso es objetivo, en su acepción más simple, porque sucede más allá de nuestras representaciones singulares, aunque no deje muchas veces de incorporarlas. En seguida, porque se resuelve en un proceso de objetivación, que va de lo abstracto a lo concreto, precisamente por medio de la travesía circular. Cada nivel posee al mismo tiempo espesura epistemológica y ontológica, englobando los circuitos anteriores, desarrollando los propios, tejiendo una trama que, para usar una metáfora hegeliana, configura un círculo de círculos. ¿No es éste el proceso de constitución de El Capital?

Desde esa perspectiva no hay solución de continuidad entre un modo de producción y una formación social concreta, como si el primero perteneciese al orden del pensamiento y la segunda al orden de lo real. Toda la cuestión reside en el paso de aquél a ésta, que, desde el punto de vista sistemático, configura un proceso de objetivación y constitución de una realidad social que se espesa en la medida en que incorpora nuevos presupuestos. Ahora bien, en esta travesía, importa distinguir al menos dos movimientos, la reflexión de las condiciones esenciales, volviendo enriquecidas al punto de partida, y la aparición de los presupuestos históricos, que no son repuestos, sea cual fuese su origen. Esto si nos atenemos a un modo dado de producción, cuya unidad se edifica por medio de la dominación de una cierta relación de producción, o mejor aún, por medio de una circulación principal que termina por subyugar a todas las otras. Ésos, sin embargo, son problemas que, referentes a la relación de la categoría con la historia, deberán ser tratados más tarde.

Un ejemplo del mismo Marx elucidará las indicaciones que acabamos de hacer. El capital necesita de dos condiciones históricas : de un lado el trabajo libre, propiedad del trabajador, capaz de ser comprado con dinero, del otro la separación de ese trabajo de las condiciones objetivas de su realización, a saber, la destrucción de las formas de propiedad en que el trabajador se apropia de los medios de producción como si fuesen su cuerpo inorgánico. Es para investigar el movimiento histórico de tales condiciones que Marx escribe el texto, hoy muy conocido, sobre las formas precapitalistas de producción. Vamos a retomarlo para ver cómo, al caminar retrospectivamente, se vuelve evidente la perspectiva de la reflexión. Hobsbawn en su prefacio a la traducción inglesa del texto, pone el énfasis en los materiales de que Marx disponía en la época de su redacción, subrayando en especial sus límites. Nuestro propósito, obviamente, es resaltar la trama formal reflexionante.

El advenimiento de los dos presupuestos citados del capitalismo exige, ante todo, que el trabajador sea separado de la tierra, de este laboratorio natural de su existencia. Esto implica la disolución de la pequeña propiedad libre, y de la propiedad agrícola comunitaria basada en la comuna oriental.

Bajo estas dos formas, el trabajador se comporta con las condiciones objetivas de su trabajo como con su propiedad: estamos ante la unidad del trabajo con sus supuestos materiales. En consecuencia, el trabajador tiene una existencia objetiva,

independientemente del trabajo. El individuo se comporta consigo mismo como propietario, como señor de las condiciones de su realidad. Se comporta del mismo modo con y, según que este supuesto esté puesto como derivado de la entidad comunitaria o de las familias individuales que constituyen la comunidad, se comporta con los otros como con copropietarios, como con tantas otras encarnaciones de la propiedad común, o como propietarios autónomos. (Marx, Grundrisse, p. 375).

Resumiendo, la realización de uno de los presupuestos del capitalismo implica la disolución de aquel presupuesto natural del trabajo por el cual éste se liga directamente a sus condiciones. Dada esa unidad, cada trabajador se relaciona con los presupuestos de su trabajo como propietario, apropiándose de las fuerzas productivas a su disposición. Sin embargo, desde el momento que tales presupuestos sean puestos por la comunidad, las relaciones entre los individuos deben ser de copropiedad. Un ejemplo concreto subordinándose a ese esquema, que se realiza en situaciones históricas diversas, es dado por la comunidad oriental. "Toda producción es apropiación de la naturaleza por el individuo en el interior y por medio de una determinada forma de sociedad" (Marx, Grundrisse, 19). No obstante, sería ridículo, continúa el texto, pasar de esa tautología a una forma particular de sociedad. Del mismo modo, «cría ridículo pensar que la explicación de las condiciones más simples de la producción pudiese resolver los enigmas planteados por los sistemas productivos primitivos, con toda la riqueza de sus determinaciones concretas.

Esa configuración simple de un modo de producción tiene como primer presupuesto la comunidad natural (*naturwüchsig*); la tierra, matriz del objeto e instrumento de trabajo, constituye el segundo. Conservando un carácter absoluto, dando la ilusión de escapar a toda reposición, no es de extrañar que sea divinizada por los agentes. La preeminencia de la propiedad de la tierra también está inscrita en el orden natural de las cosas; en una época en que la tecnología aún anda a gatas, el objeto de trabajo es el primero en plantear problemas de apropiación. Ella, entre tanto, no es sólo objeto de trabajo, sino también *locus standi* de la sociedad, suelo que la acoge y recibe de ella las primeras cicatrices. La casa y la aldea son productos, valores de uso obtenidos mediante trabajo. Conforme evolucionan las formas productivas, pasan a configurar un pequeño mundo domesticado, a partir del cual el hombre hace sus incursiones en el medio ambiente: el campo, la selva y el mar. Si en los primeros modos de producción resulta difícil distinguir el terreno cultivado de la aldea nómada —ésta es mucho más un apéndice de aquél— ahora la ciudad, enraizada en el suelo, hace del campo cultivado su territorio. Esto da origen a un nuevo tipo de propiedad:

La segunda forma —la cual, como la primera ha dado lugar a modificaciones esenciales históricamente, etcétera—, producto de una vida histórica más dinámica, de los avalares y de las modificaciones de las tribus originarias, tiene también como primer supuesto la entidad comunitaria pero no como en el primer caso en cuanto sustancia, de la cual los individuos son meros accidente o con respecto a la cual sólo constituyen componentes naturales; tampoco supone la tierra como base sino la ciudad como sede ya desarrollada (centro) de los campesinos (propietarios de la tierra) (Marx, Grundrisse, p. 378).

Obsérvese la alteración por que pasan ambos presupuestos. De un lado, el objeto de trabajo se sitúa ahora en la prolongación del área urbana, laboratorio de la ciudad que debe ser ocupado y defendido contra ataques enemigos. La guerra se transforma en el gran trabajo social, cuestión de seguridad de la polis, muy diferente por lo tanto de la

contrapartida contemporánea que consiste sobre todo en la seguridad del capital. Del otro, la colectividad pierde su carácter de sustancia, permitiendo una mayor autonomía de sus miembros, que pueden así desarrollar ciertos tipos de propiedad privada junto a la propiedad colectiva. Esa segunda forma es ilustrada por el mundo antiguo, señaladamente por Roma. Los participantes de la colectividad son ciudadanos que en el campo encuentran las condiciones materiales de existencia. Para perdurar reproduciendo sus miembros, la colectividad necesita entonces que éstos consagren una parte de su trabajo a la continuidad de la misma. La propiedad del producto es así mediada por la propiedad de las condiciones de trabajo y garantizada por la comunidad. Formalmente, la tierra pertenece al ciudadano romano, pero éste es propietario agrícola en la medida en que es romano, y romano, al menos abstractamente, en cuanto que tiene derecho a la propiedad privada de un pedazo de tierra.

Si la propiedad privada está dissociada de la propiedad colectiva, una existe en función de la otra.

Una tercera forma de propiedad es ilustrada por los germanos. Cada familia constituía, en nuestros términos, una individualidad técnica, una unidad de producción dispersa por la selva. Ya desde un punto de vista exterior,

la comunidad solamente existe [. . .] en virtud de cada acto de reunión de sus miembros, aun cuando su unidad existente en sí [misma] está puesta en la ascendencia, la lengua, el pasado y la historia comunes, etcétera. En consecuencia, la comunidad aparece como una reunión, no como una unión, como acuerdo entre sujetos autónomos que son los propietarios de la tierra (Marx, Grundrisse, 382/3).

La situación de la propiedad común (*ager publicus*) ocupa, en vista de eso, una situación muy peculiar. Mientras que entre los romanos aparece al lado de la propiedad privada, manifestando la existencia misma de la ciudad, consiste ahora en los terrenos que, a fin de que funcionen como medio de producción, no pueden ser repartidos; son éstos los campos de caza, terrenos de pastoreo común, bosques, etcétera. Formas complementarias de la propiedad individual. Esto dado, la sociabilidad surge con características propias:

La comunidad sólo existe en la relación recíproca entre estos propietarios individuales de la tierra, en cuanto tales. La propiedad comunitaria en cuanto tal sólo aparece como un completo comunitario de las residencias individuales de la tribu y de las apropiaciones individuales del suelo. La comunidad no es la sustancia, con respecto a la cual el individuo aparece sólo como accidente, ni tampoco lo general que, en cuanto tal, sea una unidad existente como representación y a la vez como presencia de la ciudad y de sus necesidades urbanas diferenciadas de las del individuo, o como suelo urbano, en cuanto existencia particular de la ciudad, la diferencia de la existencia económica particular del miembro de la comunidad. Por el contrario, la comunidad en sí, como comunidad en la lengua, en la sangre, etcétera, es algo que, por un lado, constituye un supuesto del propietario individual, pero, por otro lado, como existencia sólo se da en su reunión efectiva para objetivos comunes y, en la medida en que tiene una existencia económica particular a través del uso en común de zonas de caza, praderas, etcétera, éstas son utilizadas por cada propietario individual en cuanto tal, no (como en Roma) en cuanto representante del Estado; propiedad efectivamente común de los propietarios individuales; no de la asociación de estos propietarios, que poseería en la ciudad misma

una existencia separada de cada uno como [propietario] individual (Marx, Grundrisse, 384).

No es difícil advertir que tales formas de propiedad configuran tres maneras diferentes de la individualidad técnica apropiándose de su objeto de trabajo, correspondiendo cada una de ellas a una determinada etapa del desarrollo de las fuerzas productivas. Esa apropiación se hace por medio de la comunidad. La sociabilidad natural se modifica según su reposición, no sólo perdiendo el primer carácter, sino recomponiéndose con rasgos propios, en la medida en que se alteran las objetividades sociales apropiadas. No existe pues, para el marxismo, una matriz absoluta de lo social, un elemento cualquiera, acción o comportamiento a partir del cual pudiese ser trazada la trama de la sociedad. Los individuos se relacionan según las formas de apropiación de los medios de producción, la sociedad no es más que un sistema de relaciones y asimilación de individualidades técnicas. De ahí que no haya lugar para el relacionamiento de individuos entre sí, tesis que aparece además desde el tiempo de la Miseria de la filosofía: las relaciones sociales "no son relaciones de individuo a individuo, sino de obrero a capitalista, de arrendatario a propietario, etcétera. Acabe esas relaciones y habrá aniquilado toda la sociedad..." (p. 80).

En el primer modo de producción, donde se esfuman los límites entre individualidad técnica y comunidad, la socialidad posee carácter sustancial. La propiedad colectiva desdobra el telón de fondo en el cual cada trabajador recorta una figura pasajera, apropiándose privadamente de una parcela de tierra de cultivo y de los instrumentos fabricados por él mismo o por el grupo más restringido al que pertenece. Para que una parte de la tierra pueda ser desprendida como objeto de trabajo, es menester el trabajo colectivo de la tribu apropiándose de un espacio donde la individualidad técnica traza su lote. Resulta de ahí la importancia de la distribución que proyecta la posesión privada en el contexto colectivo. El segundo modo es también forma de apropiar el objeto de trabajo, haciéndose entonces la apropiación a partir de la ciudad hacia el campo. Aunque corresponde a una etapa más desarrollada de las fuerzas productivas, no hay, en un nivel estrictamente formal, una continuidad absoluta entre los dos modos, ya que ese desarrollo depende del proceso histórico, de la trama de acontecimientos particulares. Aquí también encontramos un paralelismo entre la estructura del objeto de trabajo y la estructura de las relaciones sociales: la polaridad del ciudadano y el individuo reproduce la polaridad del campo y de la ciudad. El tercer modo, finalmente, configura aún otra forma de apropiación del mismo objeto de trabajo; la apropiación se desenvuelve ahora a partir de unidades productivas dispersas, reuniéndose en vista de la tradición e intereses comunes. La socialidad corresponde a ese carácter fragmentario, pues, aunque tenga como presupuesto afinidades de costumbres, de lengua, parentesco, etcétera, realmente se realiza en una asamblea, en un acto de unificación de átomos familiares.

Sea cual fuese, sin embargo, la diversidad de esos modos de producción, todos ellos configuran lo que Marx llama situación histórica número I, cuya característica básica reside precisamente en el predominio de la propiedad del objeto de trabajo. La situación histórica número II corresponde a la propiedad de los instrumentos de trabajo, y tiene, como ejemplo, el sistema medieval de corporaciones. Finalmente, la tercera situación posible es que el mismo trabajador sea apropiado en calidad de medio de producción. Y así se completa el cuadro de las formas posibles de propiedad precapitalista, constituyendo cada una de ellas un modo determinado de apropiar uno de los elementos esenciales del proceso de trabajo.

La situación histórica número III posee la peculiaridad de introducir, de modo oficial, la figura del no-trabajador. La manutención del objeto de trabajo, en cuanto propiedad

comunal, no dispensa de los servicios de la guerra. El resultado puede llegar a ser la transformación de la unidad técnica vencida en esclavos o siervos, desprovistos de cualquier propiedad. Debe señalarse que el trabajo esclavo no se identifica con el trabajo efectuado por el trabajador natural: se sitúa entre las condiciones inorgánicas de la producción al nivel de la actividad de otros animales —el instrumentum vocal no da origen a ningún movimiento reflexionante. En compensación trae el germen de la completa subversión de ese cuadro de la propiedad precapitalista.

Antes de enfrentarnos a esa cuestión, conviene observar el procedimiento de Marx y establecer el papel que la noción de propiedad desempeña en el mismo. El carácter formal es explícito :

Las formas originarias de la propiedad se reducen necesariamente a la relación con los distintos momentos objetivos como propios; constituyen el fundamento económico de formas distintas de entidades comunitarias y, de igual modo, ' tienen como supuesto, por su parte, formas determinadas de entidad comunitaria (Marx, Grundrisse, 399).

En ese sentido, las primeras formas de producción retoman, en un nivel superior, la reflexión del proceso de trabajo, que no obstante guarda su triplicidad esencial: un grupo social se vuelve sobre sus condiciones físicas de existencia, las repone como producto al mismo tiempo que encubre ese carácter, situándolas en calidad de presupuestos. Es muy cierto que el movimiento reflexionante disuelve el contenido de esos presupuestos, pero nunca logra hacer que aparezcan como resultado. Dentro de ese cuadro, ¿qué significa propiedad?

Propiedad no significa entonces originariamente sino que el comportamiento del hombre con sus condiciones naturales de producción como condiciones pertenecientes a él, suyas [...]; presupuestos naturales de sí mismo, que, por así decirlo, sólo constituyen la prolongación de su cuerpo (Marx, Grundrisse, 391).

Todo se resuelve, por lo tanto, en la relación del hombre con sus condiciones naturales de existencia, y en la manera por la que tales presupuestos, al ser repuestos por el trabajo, se transforman de naturales en históricos. Sabemos que esa relación es mediada por las relaciones sociales entre individuos, a tal punto que Marx no titubea en decir que la propiedad consiste en "pertenecer a una tribu". Más de una vez ambos presupuestos aparecen íntimamente imbricados, siendo afirmados los medios de producción como pertenecientes a una individualidad técnica como de ella, gracias a un acto de exclusión que niega que sean esos medios propiedad de otro. Y el acto de negación sólo puede ser hecho colectivamente, en confrontación con sociedades enemigas, o, en el interior de la misma comunidad, entre los grupos que comparten entre sí los objetos y los instrumentos de trabajo y, en consecuencia, los productos. La propiedad consiste, ya lo sabemos, en el establecimiento de una especie de monopolio para la explotación de esos medios. Entre tanto, si aparece a primera vista como acto extraeconómico, realización de una voluntad grupal o individual para condicionar el sistema productivo, no posee eficacia y perdurabilidad alguna a no ser que se efectúe por medio de la misma producción, que la repone y le da sentido económico. Supera en mucho al reconocimiento por el otro del hecho de la apropiación, e implica una forma de conciencia —se identifica expresamente como comportamiento consciente (bewusste Verhalten). Detenerse en esta etapa superficial del fenómeno sería, con todo, incurrir en el error económico de Hegel (Marx, El Capital, III, 664), cuando la verdadera cuestión consiste en explicar cómo la afirmación del monopolio se hace viable, integrando el

cuerpo del proceso productivo, primero en calidad de presupuesto y, después, siendo repuesto por él. ¿Qué implica, sin embargo, ese relacionamiento, ese comportamiento (Verhallen) del hombre con sus condiciones de existencia ?

No se trata propiamente de un comportamiento de producción, sino que él existe doblemente: tanto subjetivamente en cuanto él mismo, como objetivamente en estas condiciones inorgánicas naturales de su existencia (Marx, Grundrisse, 391).

El texto es claro, dando énfasis al carácter doble que la existencia adquiere en el proceso. El hombre no consiste en una unidad que se inclina sobre los objetos y los instrumentos de trabajo, a fin de garantizar su propia supervivencia, no posee la autonomía de la conciencia de sí que se vuelve hacia las cosas, existe doblemente, ya sujeto individual (subjetivamente significa para Marx desde el punto de vista del individuo concreto), ya encontrando en las cosas la objetivación de sus carencias. Esa existencia objetiva en las cosas, las cuales se transforman así en partes inorgánicas del cuerpo, sólo se hace posible por el trabajo. Si el sujeto y el objeto existen doblemente como polos de tensión es porque el sujeto pone a la cosa como objeto e instrumento de trabajo, y la cosa repone al sujeto como actuante. Y conviene no olvidar que se trata del sujeto de la individualidad técnica y no de la persona aislada. Por eso no es preciso recurrir a la mano que sujeta a otra, a las partes del cuerpo en donde el sujeto y el objeto, recíprocamente, pudiesen modelar en su disolución la matriz de la dialéctica. Basta ampliar la noción de cuerpo y considerar como legítimamente pertenecientes a él las condiciones físicas de su reposición. Desde el momento en que la corporificación de la naturaleza se hace por la reflexión del trabajo, desde que el mismo sujeto sólo existe por la actividad de consumir productivamente sus condiciones físicas, no hay por qué recurrir al artificio de la mano sobre la mano, que no genera otra dialéctica a no ser la dialéctica de la ambigüedad, dialéctica que, además, Merleau-Ponty supo describir con las palabras más admirables.

Todo se resume, por lo tanto, en explorar los mecanismos de la posición. En un pasaje ejemplar Marx traza los rasgos generales de los modos de producción precapitalista en los siguientes términos:

En todas estas formas en las que la propiedad de la tierra y la agricultura constituyen la base del orden económico, y, por consiguiente, el objetivo económico es la producción de valores de uso, la reproducción del individuo en aquellas relaciones determinadas con su comunidad en las que él constituye la base de ésta, [en todas estas formas] hay: 1] apropiación de la condición natural del trabajo de la tierra como instrumento originario de trabajo, y a la vez como laboratorio, como reservorio de materias primas [...] El individuo se comporta con las condiciones objetivas del trabajo simplemente como con algo suyo, se comporta con ellas tratándolas como naturaleza inorgánica de su subjetividad, en la cual ésta se realiza a sí misma; la principal condición objetiva del trabajo no se presenta como producto del trabajo, sino que se hace presente como naturaleza; por un lado [se da] el individuo viviente, por el otro, la tierra como condición objetiva de la reproducción de éste; 2] pero este comportamiento con el suelo, con la tierra, [tratándolo] como propiedad del individuo que trabaja —el cual, en consecuencia, ya desde un principio no aparece, en esta abstracción como mero individuo que trabaja, sino que tiene en la propiedad de la tierra un modo objetivo de existencia, que constituye un supuesto de su actividad, tal como su piel, sus órganos de los sentidos, a los que sin duda también reproduce en el proceso vital, y los desarrolla, etcétera, pero que, por su lado, constituyen un supuesto de ese proceso de reproducción

— [este comportamiento] está igualmente mediado a través de la existencia natural, en mayor o menor grado desarrollada históricamente y modificada, del individuo como miembro de una comunidad (Marx, Grundrisse, 384).

La visión panorámica de todos nuestros problemas no deja de causar embarazo: naturaleza y socialidad, a despecho de disolver sus contenidos en el decurso de la historia, reaparecen siempre como presupuestos que escapan al proceso de reposición. Se imbrican verdaderamente uno en otro, pero a pesar de esa constante mediación, resurgen como puntos fugitivos que la caminata tiene solamente la virtud de apartar. Y el fundamento de eso reside en el hecho de que el producto pierde la característica de producto al revertir a la calidad de condición del proceso de trabajo, presentándose ante el hombre con las características de un fruto de la naturaleza. Por más que lo natural sea entonces mediado por la historia, no deja de reproducirse de modo natural. Las consecuencias son fuertes. Si los modos precapitalistas de producción presuponen hechos extraeconómicos, si la explotación del trabajo se hace en ellos a costa de una violencia flagrante, ¿no serían esas condiciones determinantes absolutos de la producción? Es muy cierto que perderían en la travesía cualquier contenido determinado, pero la naturaleza y una forma de socialidad natural no se dejarían envolver totalmente por el movimiento de la historia, surgiendo como dos principios infinitamente remotos, pero que deberían ser presupuestos, a la salida, como absolutos. Entre los dos polos se tejería y espesaría la trama del trabajo muerto y del trabajo vivo; lo real de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción quedaría entre tanto confinado entre aquellos dos límites fugitivos. ¿No habríamos reencontrado, por caminos muy diferentes, la dialéctica de Fichte? Pero con eso desaparecería el lugar de la negación de la negación y la circularidad del proceso debería disolverse en la categoría de determinación recíproca.

¿ No puede la solución del impasse brotar de las alteraciones provocadas por el mismo proceso de posición? Cada reposición, en efecto, implica una disolución de la condición recuperada:

La producción misma y el progreso de la población (la cual también pertenece [al ámbito de] la producción) suprimen gradual y necesariamente estas condiciones; las destruyen en vez de reproducirlas, etcétera y de ese modo se desintegra la entidad comunitaria junto con las relaciones de propiedad en que estaba basada (Marx, Grundrisse, 386).

En este desarrollo (Entwicklung) los hechos extraeconómicos, la distribución y la violencia se disolverían en el interior del mismo proceso productivo. Lo que para ciertos autores contemporáneos aparece como formas de integración o entendimiento, que controlan lo real, debería encontrar su génesis en ni retornar de la posición. Esto sin embargo para nosotros, en la cima de nuestra ciencia, ya que somos capaces de distinguir el carácter de producto de las condiciones objetivas de producción. ¿Pero qué significa ese para nosotros, esa posición privilegiada del científico, que lanza una ojeada curiosa pero impasible sobre la máquina del mundo abierta a sus pies? El mal infinito volvería a colocarse en el terreno tradicional, en la alternancia entre sujeto cognoscente y objeto conocido, de suerte que el fruto obtenido de un lado se perdería del otro. La única solución posible es que el para nosotros se integre en un movimiento reflexionante, donde naturaleza, sociedad y ciencia formen parte de un mismo proceso. El primer paso se daría cuando las condiciones del proceso de trabajo pudiesen revelar desde luego su carácter de producto. Ahora bien, el modo capitalista de producción

cumple ese requisito. La tierra, el instrumento y el mismo trabajo se dan como valor; bien sea como capital fijo, bien sea como capital variable, los tres antiguos términos del proceso de trabajo representan el trabajo muerto, realizado e inscrito en las cosas. Todo lo que es natural y espontáneo (.naturwüchsig) desaparece para ser traspasado por la historia. En lugar del malo, entra en escena el bien infinito.

Se plantea el difícil problema del paso de los primeros modos al modo de producción capitalista, pasaje radical pues implica la subversión más completa del sentido del mismo desarrollo histórico.

Así, ante todo 1] disolución del comportamiento para con la tierra —suelo— como una condición natural de la producción [cuerpo inorgánico del trabajo], laboratorium de sus fuerzas y dominio de su voluntad [...] 2] Disolución de las relaciones en las cuales él aparece como propietario del instrumento [...] 3] [pérdida del fondo de consumo que garantiza la sobrevivencia del trabajador, desde el principio al fin del proceso de trabajo, cuando podrá disponer de su producto] 4] [...] disolución de las relaciones en las cuales los trabajadores mismos, las capacidades vivas de trabajo, están aún inmediatamente incluidos entre las condiciones objetivas de trabajo y como tales son apropiadas y son por lo tanto esclavos o siervos. Para el capital, el trabajador no es condición alguna de la producción, sino que sólo lo es el trabajo. Si él puede cumplirlo por medio de máquinas, tañi mieux (Marx, Grundrisse, 396/7).

La última disolución desempeña un importante papel en el traspaso. Las relaciones de señor-siervo nacen cuando el trabajador, en vez de ser reducido a simple apéndice del objeto de trabajo, es aprovechado como verdadero instrumento. Aquí importa, además de la propiedad del trabajador, la apropiación de su voluntad; si los animales sirven, sólo el servicio del hombre puede hacer del propietario un señor. Tales relaciones "constituyen un fermento necesario del desarrollo y de la decadencia de todas las relaciones de propiedad y de producción originarias, a la vez que expresan también el carácter limitado de éstas" (Marx, Grundrisse, 400). Marx no da mayores explicaciones de cómo esa dialéctica del señor y el siervo, con la correspondiente prestación de servicio (Naturadienst), funciona en el pasaje, insistiendo luego en el condicionamiento de todas esas disoluciones por el desarrollo de las fuerzas productivas materiales y, por consiguiente, espirituales. Por ahora cabe subrayar únicamente que el proceso de disolución de las antiguas formas de propiedad y relaciones de producción solamente resulta en la constitución del sistema capitalista, cuando desemboca en la confrontación de una riqueza en forma de dinero, que posee entonces la posibilidad de comprar en el mercado fuerza de trabajo. Esta última a su vez también debe resultar de un proceso histórico que libera al trabajador de todos los antiguos vínculos sociales y económicos. Es del cruce, de esas dos tendencias que nace el capitalismo. Roma y Bizancio consiguieron acumular riqueza en forma de moneda, pero, faltándoles la segunda condición, su historia desemboca en el predominio del campo sobre la ciudad.

La forma originaria del capital no ocurre, como se piensa, porque el capital acumule medios de subsistencia e instrumentos de trabajo y materias primas o, en suma, porque acumule las condiciones objetivas de la producción separadas del suelo y ya fundidas con el trabajo humano. El capital no crea las condiciones objetivas del trabajo. Sino que su formación originaria ocurre simplemente en tanto, a través del proceso histórico de disolución del antiguo modo de producción, el valor existente como patrimonio-dinero adquiere, por un lado, la capacidad de comprar las condiciones objetivas del trabajo, por el otro, la de cambiarlas a los trabajadores liberados el trabajo vivo por dinero. Todos

estos momentos se dan; su diferenciación misma es un proceso histórico, un proceso de disolución, y es éste el que hace al dinero capaz de transformarse en capital (Marx, Grundrisse, 406).

Desde un punto de vista material el capital no trae propiamente nada de nuevo. Allí están las condiciones objetivas del trabajo, en calidad de valores de uso, siendo accionadas por el trabajo vivo. No obstante, su presencia se altera por completo. Las condiciones

aún existen bajo otra forma: como fondo libre, en el cual se han extinguido todas las viejas relaciones políticas, etcétera, y que aún están contrapuestas a ese individuo desprovisto de propiedad sólo bajo la forma de valores, de valores con base firme en sí mismos. (Marx, Grundrisse, 402.)

Esa transformación de la presencia se da en virtud de un proceso histórico, proceso cuyo sentido general ya conocemos. El desarrollo de las fuerzas productivas implica una constante disolución de los límites que el mismo proceso traza para sí, equivaliendo cada reposición de las condiciones a la destrucción de las configuraciones anteriores. Pero la historia de los modos precapitalistas está marcada por el sello del mal infinito, puesto que los dos presupuestos, naturaleza y socialidad, no pierden el carácter absoluto. El modo de producción capitalista viene a subvertir todo eso, convirtiendo condiciones y resultados en manifestaciones del valor que se pone a sí mismo, a saber, del capital. El contexto hegeliano es evidente, pero desde luego se imponen las diferencias. El pasaje del mal al bien infinito también se hace en Hegel por la reelaboración de la presencia:

En la mencionada determinación recíproca de lo finito y lo infinito, que traspasa aquí y allá de uno a otro, la verdad de ellos ya se encuentra a la mano [vorhanden] en sí, bastando sólo tomar [Aufnehmen] lo que está a la mano. (Hegel, Wissenschaft der Logik, p. 132.)

El desdoblamiento de ese tomar, con todo, es totalmente diferente. Mientras que para Hegel se resume en una aprehensión intelectual que deja las cosas como están, para el marxismo resulta de un proceso histórico. No es, pues, la historia la que se desdobra bajo la categoría de bien infinito, sino el capitalismo el que la introduce, trayendo a la historia la más completa desorientación. Sólo el mando del capital trae la presencia entera del eterno retorno, pero presencia suprasensible y desgarrada por la alienación máxima.

[Traducción de Ana María Palos]